



Al analizar el trabajo infantil doméstico se hace evidente que su existencia emerge de un contexto social complejo, que en el caso colombiano involucra múltiples aspectos como pobreza, miseria, violencia, desplazamiento forzado, abandono, orfandad, alcoholismo, maltrato, explotación, engaño y ausencia de oportunidades de desarrollo, entre otros.

Con este libro se quiere divulgar historias construidas con base en testimonios de la vida real de niñas, niños trabajadores domésticos y sus madres, de forma tal que nos permitan conocer de la manera más auténtica posible, los contextos en los cuales han nacido y crecido quienes realizan este tipo de trabajo, dentro de ciertas creencias, valores, dificultades y sueños.



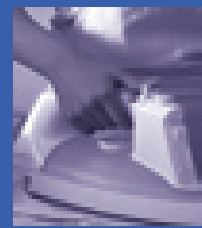
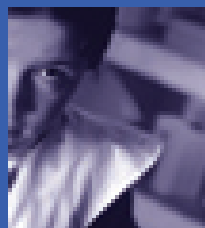
Comité Interinstitucional de Erradicación del Trabajo Infantil y la Protección del Joven Trabajador

Trapitos

al sol



Relatos sobre niñas y niños
trabajadores domésticos en Colombia



Financiado por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos de Norteamérica

María Clara Melguizo

Herramientas para prevenir y erradicar el Trabajo Infantil Doméstico



Proyecto de Prevención y Eliminación del Trabajo Infantil Doméstico en Colombia

Copyright © Organización Internacional del Trabajo 2003
Primera Edición 2003

Las publicaciones de la Oficina Internacional del Trabajo gozan de la protección de los derechos de propiedad intelectual, en virtud del protocolo 2 anexo a la Convención Universal sobre Derecho de Autor. No obstante, ciertos extractos breves de estas publicaciones pueden reproducirse sin autorización, con la condición de que se mencione la fuente. Para obtener los derechos de reproducción o de traducción deben formularse las correspondientes solicitudes a la Oficina de Publicaciones (Derechos de autor y licencias), Oficina Internacional del Trabajo, CH-1211 Ginebra 22, Suiza, solicitudes que serán bien acogidas.

María Clara Melguizo

Trapitos al Sol: Relatos sobre niñas y niños trabajadores domésticos en Colombia

Pintura de la cubierta:

“En casa de otros”, óleo sobre papel.

Marú Gallardo

Fotografía:

Jorge Gamboa

Diseño:

Marú Gallardo

Impresión

Antropos

Proyecto Subregional de Prevención y Eliminación del Trabajo Infantil Doméstico en Hogares de Terceros en Sudamérica.

Asesora Técnica Principal:

Christine De Agostini

Coordinadora Nacional en Colombia:

María Consuelo Aponte de Pieschacon

Comité Asesor del Proyecto:

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Departamento Administrativo de Bienestar Social, UNICEF, Save the Children, Programa IPEC.

Lima, OIT/Oficina Regional para las Américas/Programa IPEC Sudamérica, 2003

ISBN

Impreso en Colombia

Las denominaciones empleadas, en concordancia con la práctica seguida en las Naciones Unidas, y la forma en que aparecen presentados los datos en las publicaciones de la OIT no implican juicio alguno por parte de la Oficina Internacional del Trabajo sobre la condición jurídica de ninguno de los países, zonas o territorios citados o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en los artículos, estudios y otras colaboraciones firmados incumbe exclusivamente a sus autores, y su publicación no significa que la OIT las sancione.

Las referencias a firmas, procesos o productos comerciales no implican aprobación alguna por la Oficina Internacional del Trabajo, y el hecho de que no se mencione firmas, procesos o productos comerciales no implica desaprobación alguna.

Las publicaciones de la OIT pueden obtenerse en las principales librerías o en oficinas locales de la OIT en muchos países, o pidiéndolas a: Las Flores 295, San Isidro, Lima 27-Perú, Apartado Postal 14-124, Lima, Perú).

Vea nuestro sitio en la red: www.oit.org.pe/ipec/tid

ADVERTENCIA

El uso de un lenguaje que no discrimine ni marque diferencias entre hombres y mujeres es una de las preocupaciones de nuestra organización. Sin embargo, no hay acuerdo entre los lingüistas sobre la manera de hacerlo en nuestro idioma.

En tal sentido y con el fin de evitar la sobrecarga gráfica que supondría utilizar en español o/a para marcar la existencia de ambos sexos, hemos optado por emplear el masculino genérico clásico, en el entendido de que todas las menciones en tal género representan siempre a hombres y mujeres.

El trabajo infantil doméstico como todas las formas de trabajo infantil, es una situación que vulnera derechos fundamentales de las niñas y los niños en el mundo entero. No obstante, esta forma específica de trabajo infantil tiene ciertas particularidades que merecen especial atención, porque constituyen riesgos que en otras actividades no están presentes de la misma manera.

Dentro de estas particularidades, vale la pena resaltar algunas: sucede en el interior de los hogares, por lo que es invisible socialmente; la convivencia de los niños y niñas con familias ajenas los expone a maltrato físico y emocional, discriminación y abuso sexual; las labores domésticas no se valoran social ni económicamente, por lo que muchas veces no son consideradas como un trabajo, y no son remuneradas como tal, o se les reconoce algo con una suma o ayuda simbólica; el utilizar a niñas y niños en el trabajo doméstico se entremezcla con actitudes de aparente protección y ayuda de parte de los patronos, lo cual crea confusión hasta en los niños y niñas que están en condiciones de explotación; a pesar de que existen niños, en su mayoría menores de 14 años vinculados al trabajo doméstico, esta es una forma de explotación que recae principalmente sobre las niñas, por la asignación social que se ha hecho de las labores domésticas al género femenino, lo cual contribuye a la mínima valoración económica que se le otorga.

Por todas estas realidades que subyacen al trabajo infantil doméstico, el Programa Internacional para la Erradicación del trabajo Infantil IPEC, de la Organización Internacional del Trabajo OIT, está desarrollando el Proyecto Prevención y Eliminación del Trabajo Infantil Doméstico en Hogares de Terceros en Sudamérica, en los países de Brasil, Colombia, Paraguay y Perú. Con el fin de comprender y erradicar esta problemática, el proyecto desarrolla acciones de diagnóstico de la

situación, adecuación legislativa, desarrollo de política pública, intervención directa con niños y niñas trabajadores domésticos y sus familias, y acciones de sensibilización y transformación de prácticas culturales que sustentan esta problemática.

Al analizar el trabajo infantil doméstico se hace evidente que su existencia emerge de un contexto social complejo, que en el caso colombiano involucra múltiples aspectos como pobreza, miseria, violencia, desplazamiento forzado, abandono, orfandad, alcoholismo, maltrato, explotación, engaño y ausencia de oportunidades de desarrollo, entre otros.

Con este libro se quiere divulgar historias construidas con base en testimonios de la vida real de niñas, niños trabajadores domésticos y sus madres, de forma tal que nos permitan conocer de la manera más auténtica posible, los contextos en los cuales han nacido y crecido quienes realizan este tipo de trabajo dentro de ciertas creencias, valores, dificultades y sueños.

Las historias fueron elaboradas por la autora de este libro, con quien analizamos las entrevistas realizadas dentro del Proyecto a trabajadores infantiles domésticos y sus familias. Dicho análisis arrojó elementos comunes y repetitivos, que unidos a los aportes de quienes trabajan en los programas de acción desarrollados por el Proyecto en Bogotá y Bucaramanga, dieron como resultado estas historias que no pertenecen a una vida individual y particular, sino que son la mezcla de muchas vidas con patrones similares. En las historias podemos ver con claridad la repetición de pautas a través de generaciones, el ciclo infinito de la miseria, las diferentes perspectivas y vivencias a partir de los mismos hechos, la lucha sin cuartel de quienes valerosamente deciden modificar en algo la propia historia vivida para abrir opciones distintas a sus hijos, y las contradicciones que enfrentan ante situaciones extremas.

Esperamos que este documento ayude a hacer más visible la realidad vivida por las niñas y niños trabajadores domésticos, y sugerimos que las historias aquí narradas sean utilizadas en espacios académicos, institucionales, comunitarios u otros, para crear una reflexión sobre el tema que movilice a todos los actores sociales a emprender o apoyar acciones dirigidas a impedir la reproducción de patrones que perpetúan la vulneración de derechos de la infancia. Todos tenemos algo por hacer para que esta realidad se modifique y así podamos construir una sociedad más equitativa y justa donde las oportunidades de crecimiento y desarrollo como seres humanos dignos lleguen a todas las niñas y niños por igual.

Agradecemos a las doctoras María Cristina Rojas y Lucero Zamudio, quienes realizaron las entrevistas que permitieron alimentar este libro; a los equipos de trabajo de la Asociación Cristiana de Jóvenes de Bogotá y de Santander, quienes también enriquecieron este documento a partir de la experiencia de trabajo con los niños y niñas trabajadores domésticos vinculados a los programas de acción; y a la autora de este libro, María Clara Melguizo, quien colocó su corazón para la revisión del material y la construcción de las historias, siendo siempre fiel a la voz de los entrevistados y respetuosa de su privacidad.

Finalmente agradecemos a los principales actores de este libro, quienes al compartir con nosotros aspectos íntimos de sus vidas, nos han permitido construir las historias que aquí se narran. Estos actores son las niñas, niños y madres de Bogotá y Bucaramanga vinculados al Proyecto de Prevención y Eliminación del Trabajo Infantil Doméstico en Hogares de Terceros en Colombia. Son ellas y ellos quienes se sentirán representados en los personajes, y quienes al mismo tiempo nos sirven de modelo para ver de cerca lo que es el mundo de una gran parte de la infancia colombiana.

Todos los contenidos incluidos en las historias son tomados de la vida real y por lo tanto, cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia.

María Consuelo Aponte de Pieschacón
Coordinadora Proyecto Nacional
Trabajo Infantil Doméstico – Colombia

Bogotá, Junio 2003

Introducción

Todos tenemos secretos ocultos tras las sombras, que entre rumores entrecortados escapan de la boca en uno que otro instante, buscando un oído paciente que esté dispuesto a escuchar. Siempre existe la posibilidad de seguir de largo; pero yo me detengo y escucho atenta.

Guardo en mi memoria recuerdos de muchas personas que han pasado por mi vida y que compartieron conmigo sus secretos. Al recordar, algunos secretos pierden su forma y su sentido. Pero otros adquieren un significado tan particular, que están siempre presentes escapando del olvido. La permanencia de estos secretos en mi mente no procede de una buena memoria. Procede más bien, de ese punto en el que mi secreto se encuentra con todos los demás en su evidencia dura y cotidiana.

Mi secreto tiene algo en común con los que siguen a continuación formando el cuerpo de este libro. Y esa raíz común que atraviesa la vida de todos los que aparecemos aquí, es la razón que dio vida y sentido a todo este esfuerzo de dictarle a la autora de este libro los siete secretos que quería salvar del tiempo y atrapar con las letras. La historia de mi abuela, como muchas otras, parece condenada a repetirse; a seguir los mismos pasos y senderos.

Todos los vericuetos en los que transcurrió mi vida dieron forma a preguntas e inquietudes que desembocaron en un gran interés por los temas de género y niñez. Desde muy joven establecí un fuerte compromiso con las mujeres y niñas que se encuentran o se han encontrado tras los lavaderos y los fogones hirviendo. La mayoría de las mujeres, así sea de una manera tangencial, sabrán de qué les estoy hablando. No hay ninguna mujer que se haya escapado a esas labores que parecen propias a su género. Esas cosas tan básicas como hacer la comida, lavar la ropa o limpiar; labores tan unidas al sostenimiento y preservación de la vida misma, que como muchas otras cosas reservadas a las mujeres, pasaban y aún pasan desapercibidas.

Cualquiera que sea su posición social, seguro encontrará en su vida mujeres llamadas mamá, tía, prima, muchacha o nana, que velaron por la existencia de lo que en esencia sostiene nuestra humanidad. Hoy en día las fronteras se extienden, y algunos hombres y niños ingresan por diferentes razones en el mundo doméstico. Ellos comprenderán en algún momento el verdadero valor y significado que ha tenido este trabajo dentro de la historia.

Me desempeño como docente hace 8 años y trabajo los fines de semana con mujeres, niñas y niños de distintas comunidades. Han sido ellos mi interés más terco y fundamental. Supongo que algo de mi historia y mis raíces tendrá relación con todo lo que soy. En efecto, pasa el tiempo y me convengo de que es así.

Dentro de todos los engranajes sociales y culturales que mueven la vida de las mujeres, niñas y niños, he observado con preocupación cómo algunos de mis estudiantes se vinculan a diferentes tipos de trabajo de una manera prematura y contraria a su desarrollo y edad, abandonando el estudio y extraviando sus propios sueños. Dentro de las labores que desempeñan, asumir la responsabilidad de alimentar a una familia, limpiar una casa, lavar la ropa o cuidar niños y niñas menores, suele ser una alternativa que aparece ante sus ojos como algo normal y natural.

Por sus características, el trabajo infantil doméstico resulta invisible porque no se considera como un trabajo pesado. En él, las niñas y los niños pierden la oportunidad de garantizar su derecho a la educación y al tiempo libre, al mismo tiempo que sus posibilidades de tener un futuro mejor.

He intentado desde mi oficio luchar contra ello y me he visto envuelta en gran cantidad de dilemas culturales y sociales que revelan la existencia del complejo mundo del trabajo infantil doméstico, enraizado en creencias y valores que perpetúan su práctica. Aunque con el paso de los años la problemática empieza a ser reconocida como tal, este sigue siendo un tema espinoso que requiere de grandes

esfuerzos para ser totalmente comprendido y asimilado por toda la sociedad.

Las historias que relato no son historias individuales e irrepetibles. Al igual que la historia de mi abuela, quien ingresó al trabajo doméstico a los trece años y a los pocos años quedó embarazada de uno de sus patronos, las historias que relato son, más bien, un común denominador en el mundo del trabajo infantil doméstico. Son siete secretos contados desde sus propias voces. Allí también encontrará mi voz. Una voz que no interpela ni cuestiona; solo escucha y reflexiona desde su lugar. Desde ese lugar del que también parte para hablar. Se encontrarán miles de historias similares a estas, y todas ellas nos mostrarán con urgencia la necesidad de entender los patrones sociales y culturales que las validan. Responderse a las preguntas pertinentes es lo que nos permitirá transformar estas historias en otras diferentes. Y esa es la verdadera razón por la que dicté a la autora de este libro todas estas páginas.

Descubrirá que todas las historias tienen dos caras. Descubrirá que existen maneras de comprometerse con el proceso de cambiar la historia, para no continuar repitiéndola.

Dictado a la autora por su narradora imaginaria

Capítulo I

TANGO EN EL

CAFETAL

Matilde (45 años)



De pequeña me la pasé metida entre cafetales andando descalza por los sembrados sin que me diera nada. La planta del pié la tenía fuerte y callosa, y también tenía los dedos separados como patas de mico, de tanto subirme a los árboles para bajar la fruta y para jugar a las escondidas con mis hermanas.

Había épocas en que estaba todo el día entre los sembrados. Un recuerdo bonito es que cuando terminaba la tarde, el cielo se llenaba de muchos colores rarísimos que después terminaban en un naranja tan fuerte como el de una papaya partida; a mí me encantaba ese momento del día.

Yo crecí en la zona cafetera de Antioquía, cerca de Ocaidó. Cuando era el tiempo del tostado del café distinguíamos el olor porque el pueblo entero olía rico. Era harto el trabajo que había que hacer con el cultivo del café, así que desde pequeña aprendí a trabajar la tierra como los hombres.

La familia de mi mamá había trabajado en lo del café toda la vida y con el tiempo mis abuelos compraron una tierrita por el lado de Aguas Claras. Allí había cultivos de plátano, café, fríjol, alverjas y hasta tomates. También había unas cuantas vacas para arar la tierra y algunos cerdos y gallinas. La tierra quedaba entre dos quebradas, que en la época de verano, eran lo mejor para ir a bañarse por la mañana. Recuerdo y me da como nostalgia; todo era tan bonito.

Se quedó mirando por la ventana, pero yo alcanzaba a percibir que Matilde no estaba viendo lo que pasaba allá afuera. Sus ojos viajaban por otros tiempos y otras tierras; por su finca y sus cafetales. Envuelta en piel morena, su expresión se embriagaba a sorbos lentos de nostalgia; de ese sentimiento donde la tristeza y la alegría se mezclan para hacer de ello la vida. Los tiempos ya lejanos en los que Matilde piensa, dejaron imborrables huellas en su cuerpo delgado pero fuerte, en sus pies cubiertos por los zapatos de lona azul que trae hoy y en esas manos de tradición campesina que yo he admirado desde el primer día que la conocí. De pronto

alétea fervorosamente esas manos que yo miro siempre con insistencia y haciendo un ademán que disculpaba su distracción, continuó palabreando eso que soñaba.

En el rancho vivíamos mi tía Cecilia, mi mamá, mis cinco hermanas mayores y yo. Un reinado de puras mujeres que desde pequeñas aprendimos a trabajar en el campo. Aunque nos dividíamos los trabajos, todas sabíamos hacer todo. Mi mamá, que era fuerte como un toro, hacía los trabajos más pesados como cortar la leña, llevar las vacas al pastizal o matar a un animal para un almuerzo bien trancado. Me acuerdo que cuando se metían los ratones a la casa todas nos poníamos a gritar sin que paráramos. Mi mamá nos regañaba por ser tan bobas y de un aventón agarraba el ratón de la cola y lo despescuezaba con sus manos. Ella era una cosa increíble; una trabajadora a más no poder. La palabra pereza no existía para ella y desde chiquitas nos enseñó a levantarnos bien temprano para ir a trabajar con ella y mi tía Cecilia. Ellas fueron las que nos enseñaron todas los trabajos del campo y el amor eterno por el tango.

Aunque mis hermanas y yo fuimos a la escuela, ninguna de nosotras terminó la primaria. La escuela quedaba bien lejos, así que tuvimos con aprender a leer y a escribir, para dejar de echarse la caminata de un kilómetro y medio hasta la escuela. No nos gustaba mucho el estudio y además, había harto oficio en el rancho ayudándole a mi tía y a mi mamá. Yo prefería quedarme colaborando en la casa.

Cuando era la época de la cosecha, mi mamá contrataba una cuadrilla de hombres, para que entre todos recogiéramos el café. Allí fue que mis hermanas y yo tuvimos nuestros primeros romances cuando ya éramos mujercitas. Mi mamá se emberracaba cuando se daba cuenta de los coqueteos de los hombres de la cuadrilla con nosotras. Ella decía que los hombres no servían para nada y que cuando uno menos

lo esperaba lo dejaban a uno tirado. Me acuerdo cuando encontró a mi hermana Lucía bien abajo de la quebrada, besándose con un muchacho que ese mismo día había llegado a la finca a trabajar. Se puso furibunda y no dejó volver a Lucía al cafetal en toda la época de la cosecha. Mi hermana se la pasaba encerrada en la casa, aburrída por no poder ver a su moreno. Con el tiempo mi mamá se dio cuenta de que con todo y encerradas en la casa, no había mucho que hacer porque sus hijas ya habían crecido y ya estaban en edad de merecer. Además, modestia aparte, no éramos tan feas como para pasar desapercibidas, porque aquí donde usted me ve cuarentona y con patá'e gallina, yo era bien bonita y tenía mis pretendientes.

Al terminar esta frase Matilde se echó a reír y con un gesto de picardía y complicidad muy propio a ella, me hizo un guiño con uno de sus ojos negros como la tierra. Detrás de ese rostro curtido brilló la cara delicada, coqueta y pícaro que extravió en algún rincón de su juventud. Llamó entre risas a la mesera de la cafetería y pidió dos tintos bien negros. Sonreía recordando sus viejos amores y los regaños de su mamá cuando la encontró en la quebrada. Fue entonces cuando sentí que la adolescencia de Matilde era su mejor sonrisa; su cara más limpia y clara.

Pasaron los años y a mi mamá le empezaron los achaques de la vejez; le aparecieron males y se veía como indefensa. Al mismo tiempo, el rancho se había llenado de hombres con los esposos de mis hermanas y mis sobrinos. Ahora ellos hacían los trabajos más pesados y las mujeres hacíamos la comida y cuidábamos los niños. Mi mamá fue una paisa berraca que tuvo la suerte de tener una buena vida y una buena muerte. El día menos pensado se acostó a dormir y no se volvió a levantar. Parece ser que murió de un ataque al corazón. Yo

tenía 24 años. A todos nos dio muy duro y su muerte separó a toda la familia. El café se puso muy barato y tres de mis hermanas vendieron sus parcelas y se largaron de la región con sus maridos y chinos al Valle del Cauca, en busca de mejores negocios. A mí me dolió y me alejé de ellas; sentí como un abandono. Yo me quedé en el rancho con mi tía, mi hermana Lucía y su marido.

Un tiempo después conocí a Gustavo y me llegó el amor. Se vino a vivir con nosotros cuando yo tenía 27 años. Por esos días la cosa se puso dura en la región y la violencia se adueñó de todo. Ya no sabía uno quién era quién y empezaron las masacres por todas las veredas. Todos los paisanos salieron corriendo; todos menos Gustavo y yo. Nosotros queríamos hacer una vida allí donde habíamos vivido toda la vida.

Llegó un momento en que la situación se puso más peliaguda de lo que ya estaba y nos amenazaron. Gustavo desapareció el día menos pensado y nunca volvió. Nadie dio razón ni corta ni grande de él. Nunca supe si se fue porque quiso o porque se lo llevaron; al fin y al cabo siempre me quedó dando vueltas en la cabeza la frase de mi mamá sobre los hombres.

Lo esperé un tiempo. Todas las tardes me subía al morro de la finca y me quedaba como ida mirando pa' bien lejos, esperando que entre los cafetales que se veían allá abajo apareciera mi Gustavo. Nunca llegó y al ratico a mí me tocó salir corriendo sin poder sacar un solo centavo de mi tierrita. Me tocó dejar todo tirado y atragantarme la noticia de la que nunca se enteró Gustavo: estábamos esperando un hijo.

En ese momento se acercó la mesera y nos preguntó si queríamos algo más. Matilde había cambiado de semblante. Su rostro se llenó de frío y con desgano respondió que no. Nos quedamos en silencio. Yo pensaba en el tal Gustavo sin poder escapar a la curiosidad de su

destino. Pensaba en si se habría enterado algún día de la espera y la partida de Matilde, si estaba vivo o muerto, si alguna vez se enteró de que era padre, si supuso lo mucho que le había dolido su ausencia a Matilde; lo dura que la volvió.

Llegué a Bogotá con cinco meses de embarazo. Me vine a la capital con ganas de enterrar el pasado en ese pedazo de tierra en donde crecí y con la firme intención de no mirar nunca más de allá pa' atrás. A mí me dolía ser madre soltera y también me dolía todo lo que había pasado por allá. Quería hacer borrón y cuenta nueva.

Llegué a donde mis paisanos más queridos, que vivían en Bosa hacía un buen tiempo. A Dios gracias, ellos me ayudaron mucho hasta que tuve a mi hija. Me consiguieron la piecita donde todavía vivo y me prestaron unos pesitos mientras me organizaba. Me tocaba empezar de ceros, y en últimas, con todo y lo apaliada, todavía tenía la fuerza necesaria para trabajar y salir adelante con mi hija.

Lo primero que tenía que hacer en Bogotá era buscar trabajo. Yo me fui muy avispada a la Junta de Acción Comunal del barrio, para que me ayudaran a conseguir trabajo. Como yo no sabía nada diferente a cultivar, cocinar, lavar o limpiar, conseguí un trabajo en una casa de familia haciendo el oficio de por días. Al principio me dio duro porque me sentía muy sola; fue difícil acostumbrarme. Siempre había trabajado para los de mi familia que en últimas, era lo mío también. Después de todas las vueltas de la vida me tocaba empezar a trabajar para otros y aguantar órdenes de extraños. Pero igual qué carajo, había que resignarse porque esa situación ya no iba a cambiar. Mal que bien, menos mal me habían acostumbrado a trabajar toda la vida y por ese lado no era un cambio muy grande. Tuve a mi china sana y sin problemas y solo era cuestión de empezar una nueva vida olvidando el pasado.

Y realmente era claro que Matilde quiso omitir el pasado sin resentimientos ni reproches a nada ni a nadie. No quiso que yo tuviera ninguna compasión hacia lo triste y duro que podía ser lo que me contaba y eso lo noté cuando pasó rudamente una mano por su cara y cambió el tono para no permitir más quebrantos en su voz. Su vida llena de estrellones y amarguras no le minaron su carácter luchador y su buen humor. Parecía como si en el fondo ya no se lamentara de nada, como si no quisiera pensar en todo lo que cambió su vida cuando salió de su tierra porque para qué llover sobre mojado.

La señora que me necesitaba para hacer el oficio me contrató de lunes a viernes. Ella era toda desconfiada y tacaña. Medía gramo a gramo la comida y cuando no encontraba algo era todo un problema. Me daba rabia que fuera así teniendo tanta plata. Era una señora toda elegante, esposa de un político. Allí tuve la oportunidad de conocer en persona mucha gente importante. Así trabajé hasta que nació Leidy, mi hija. Después de todo lo complicada que fue esa señora, cuando me despedí me dijo que yo era una buena y honrada trabajadora. Nunca me lo esperé.

Después de que Leidy nació estuve 6 meses buscando trabajo. Fue muy difícil encontrarlo porque al principio busqué con la esperanza de que alguien me recibiera con la niña. Eso fue imposible y me tocó dejar la niña con los paisanos para poder irme a trabajar. Trabajaba en varias partes de por días, pero como la platica ya no alcanzaba con Leidy, busqué otra entrada económica y empecé a reciclar. Claro que me metí en esto cuando Leidy tenía 2 años y ya la podía dejar solita para no ponerle más pereque a mis paisanos. Ya era suficiente todo lo que me la habían cuidado. Leidy se quedaba en la casa y yo me iba a trabajar haciendo oficio en las casas o reciclando.

Conocí a un hombre que me enseñó que es posible un segundo amor. La capital no era como yo la había imaginado y los primeros años fueron berracos. Nunca pasé tantas necesidades como en ese entonces y ya me hacía falta un apoyo. Menos mal me conseguí un hombre que me quiso y con el que viví muchos años. Siempre fuimos muy pobres aunque, valga la verdad, nunca nos faltó la papita y lo mínimo necesario.

Desde que Leidy estaba pequeña le enseñé a cocinar y a limpiar la casa, como lo hizo mi mamá conmigo. Cuando tenía 6 años ya había aprendido bastante. Yo llegaba de trabajar y ella ya había hecho el arroz y también había arreglado la casa. A mí me servía mucho que Leidy me colaborara. Además, me pareció bueno enseñarle el oficio, que empezara a defenderse en la vida y a ser una personita útil.

Cuando tenía 7 años me dijo que quería salir a reciclar conmigo. No sé por qué me lo pidió. Creo que se aburría en la casa, así que la dejé ir. Igual ya estaba grande para que empezara a conocer el mundo. Salía muy animada a trabajar y yo le enseñé cómo era que había que rebuscar en la basura; ella me ayudaba mucho y además quedaba contenta porque se ganaba unos pesitos. Después le dio la bobada y le daba pena salir a la calle. ¡Ave María! ¡como si a uno le debiera dar pena trabajar!. En todo caso la respeté y ella dejó de reciclar. Creo que igual lo pensaba por la edad y yo debía entender eso.

Su expresión me interpelaba; Matilde buscaba en mi rostro un signo de aprobación o desaprobación frente a lo que me contaba. Yo intentaba permanecer hermética porque lo que escuchaba no era del todo grato. Sentía que Matilde y yo teníamos concepciones diferentes sobre lo que debe ser la vida de una niña a los 7 años. La carga que implica asumir determinados roles y

responsabilidades. La vergüenza de Leidy no me parecía una bobada. Igual no podía decir nada porque nunca he reciclado; pero lo podía imaginar. Unos segundos largos me hicieron pensar que me lo preguntaría directamente. Matilde suspiró y yo sentía que después de ese suspiro irrumpiría la voz de su inquietud. Por fortuna las preguntas se esfumaron y Matilde continuó su relato.

Leidy quería entrar a estudiar. A mí me parecía bien que tuviera ese interés y yo también quería que ella entrara al colegio, pero desgraciadamente no tenía la forma de pagarle el estudio. Yo sé que uno debe darle a sus hijos el estudio. Si no me hubiera tocado salir corriendo de mi tierra y sin Gustavo, otro gallo cantaría, pero esa fue la suerte que tuvimos mi hija y yo; la vida que le tocó. Así que si uno no puede pues les toca a ellos por sus propios medios.

Leidy salió unas cuantas veces más a reciclar conmigo y así ahorró en su alcancía unos pesitos para pagarse el estudio. Yo estaba tan contenta de su esfuerzo y de verla en el colegio!. Me sentía orgullosa de mi hija, de ese temperamento echado pa'delante tan parecido al de su abuela. Ella estaba feliz, me contaba de su profesor de teatro y de sus amigas. Parece que el colegio era bonito, pero no puedo asegurarlo porque no lo conocí. A Leidy le iba bien; a ella siempre le ha ido bien en lo que hace porque a Dios gracias, la china me salió juiciosa.

Pasaron dos años y después yo me enfermé de la pierna; una enfermedad heredada de mi abuelo que hasta el sol de hoy no sé explicar muy bien. No fue sino que yo me enfermara para que mi marido saliera corriendo detrás de otra. A mí me dolió sentir nuevamente que mi madre tenía razón. Hubo mucha necesidad en la casa, así que Leidy quiso ayudarme en todo lo que pudo y se consiguió un trabajo en una casa de

familia. Al principio me dio como miedo dejarla ir sola para allá, apenas tenía 10 años y siempre había estado conmigo.

Yo no la hubiera dejado ir a trabajar en otra parte así tan chiquita, si no hubiera sido por la situación tan macha que pasamos después de que me llegaron los males. Menos mal la niña ya sabía hacer el oficio y no le costó mucho acostumbrarse. Además era el trabajo que yo había hecho toda mi vida y sabía a lo que ella se podía enfrentar. Hasta donde entiendo no le tocaba hacer mucha cosa y eso sí, le encantaba cuidar al niño. Dio con una buena patrona y eso también fue bueno. Es que imagínese, ahora ya estoy mejor, pero antes, yo tenía esta pierna terrible.

Con la pierna fregada y con la escasez de plata Leidy me mostró que era una persona berraca como mi sangre paisa. Una china que sabe valerse por sí misma en la vida. A mí eso me tranquiliza porque con esta enfermedad a las espaldas, el día menos pensado falto yo y ella tiene que saber cómo defenderse en la vida.

Con discreción bajo la mirada para observar cómo se encuentra hoy la pierna enferma de Matilde. Su pie se ve hinchado como siempre. Pienso en lo terrible que es estar sujeto a una enfermedad por el resto de la vida. La enfermedad de Matilde; una realidad de la que su hija se responsabilizó llenando un vacío con otro vacío. El marido de Matilde se fue tal como la madre lo predijo y su partida unida a la enfermedad de Matilde obligó a Leidy a asumir fuertes responsabilidades desde una edad muy temprana. Se cambiaron los roles prematuramente y ahora era Leidy y no Matilde la que salía a trabajar haciendo oficio, para así ganarse unos cuantos pesos y

sostener la casa. Contrariamente al orgullo que sentía Matilde por las hazañas de su hija, yo sentía un claro desazón por la vida que a Leidy le tocó vivir.

Como no pude volver a trabajar por lo de la pierna y además nos quedamos solas con Leidy, monté un negocio de empanadas con la ayuda de mis paisanos. Es que tocaba hacer algo porque con lo que se ganaba Leidy no alcanzaba. El negocio funcionó. Y con eso, más lo del trabajo de mi hija, pudimos superar la situación.

Cuando Leidy se volvió mujercita agradecí a Dios que ella trabajara y estudiara para que así no le quedara mucho tiempo. Es que las niñas del barrio que estaban en su misma edad se la pasaban exhibiéndose en la calle para conseguir novio. Imagínese, niñas de 13 años completamente maquilladas, emborrachándose con los chinos y haciendo espectáculo en la calle. ¡Que vergüenza! Es que usted sabe que la juventud de hoy en día va de mal en peor. Entonces yo pensaba que en lugar de que se me quedara en la calle aprendiendo quién sabe qué cosas con amigas y amigos, yo prefería que estuviera ocupadita en algo y que además consiguiera plata para pagarse los estudios.

Leidy perdió tercero de primaria y se salió del colegio. A mí me pareció grave por lo del estudio, ella siempre había estado con la ilusión de estudiar hasta bachillerato para luego entrar a actuación. A mí me daba risa eso de que Leidy quisiera ser actriz, pero así no me creyera ese cuento, sí creía que debía terminar el bachillerato ya que había entrado con tantas ganas y pilas al colegio. Se desalentó mucho por la pérdida de año y no quiso seguir. Hubo un lado bueno, y ese fue que se alejó de malas compañías del curso que empezaban a buscarla.

Me hubiera preocupado si Leidy no hubiera tenido nada más que hacer, pero ella tenía un trabajo estable y se mantenía concentrada en eso. Mientras estuviera dedicada a algo, yo me sentía tranquila.

La mesera de la cafetería atiende la mesa contigua, así que aprovecho para pedirle la cuenta. Mientras la mesera anuncia que son \$800 de los dos tintos, Matilde revuelve con las manos su monedero de satín rojo y saca un billete de \$1000¹. Su gesto no admite una negación mía a su invitación, así que Matilde paga la cuenta. Ella es así. Con mi ayuda se pone en pie y me invita a que conozca su casa y a que finalmente pruebe sus empanadas. Salimos a caminar por en medio de un gran parque y en el recorrido imagino a Matilde de pequeña subiéndose a los árboles y corriendo con el pie descalzo por los cafetales. De inmediato pienso en la vida de Leidy y en lo que hubiera podido ser de no crecer tan rápido. Leidy no disfrutó subiéndose a los árboles o balanceándose en los columpios; Leidy no pudo realizar su sueño de estudiar y de ser actriz; Leidy asumió un rol adulto y protector que negó los días de juego y de inocencia; Leidy cargó el infortunio de su madre y el abandono de los hombres. Matilde pareció intuir que yo pensaba en su hija y entre suspiros siguió hablando de ella.

Mi Leidy es un ángel de Dios; ella me ha ayudado mucho con mi enfermedad, con el negocito y con la casa. Ha sido un apoyo muy grande por ser tan responsable y juiciosa. Solo tiene vida para su trabajo. En total ella ha trabajado en tres partes y afortunadamente en todas la han tratado bien.

¹ Para el momento de la publicación de este libro, las cifras equivalen a menos de un dólar.

Solo en un sitio me dio la impresión de que la señora era como regañona pero creo que tampoco era insoportable. La más especial ha sido su última patrona, una mujer que la ha apoyado mucho y que la ha puesto a estudiar otra vez.

Mi hija me ha respondido siempre así que no la regañé cuando me contó que tenía novio. Además, el chino es un muchacho muy formal y trabajador. Leidy ya tenía 15 años y por lo menos ya había dejado de ser una niña. Ya llevan 2 años juntos y ahora el chino vive con nosotros. La última que pasó que me dio muy duro fue cuando me contaron que Leidy había quedado embarazada. Me dio pesar que pasara justo cuando ella se empezaba a entusiasmar nuevamente con estudiar y cambiar su vida. Quedar embarazada le volvió a cerrar todos esos sueños. Además, yo no quería que mi hija fuera mamá tan joven. Pero a lo hecho, pecho y no hay otra opción más que apoyarla y darle fuerzas. Dio con un muchacho que parece bueno y eso me tranquiliza. En todo caso yo me preparo desde ya, porque sé que él, como mis dos amores, algún día se irá sin dejar rastro.

Matilde cierra los labios después de su última palabra y yo pienso que su vida es como la historia de esos tangos que tanto le gustan. Luego me pregunto: ¿volverán a quedar solas tres mujeres?.

Capítulo II

DEL GRANO A LA

SEMILLA

Leidy (17 años)



Lo que más me ha gustado en la vida es la bandeja paisa. Siempre me acuerda de cuando era chiquita y del día de mi cumpleaños. Mi mamá siempre me hacía bandeja paisa para mi cumpleaños. Yo creo que lo que pasaba era que ese día se ponía toda nostálgica y le daba entonces por escuchar tangos y recordar su tierra. Mi mamá salió de Antioquía hace 17 años, con una barriga grande en la que yo crecía día a día. La violencia la sacó lejos de su tierra y vino a parar en esta ciudad en la que yo nací 4 meses después.

Yo siempre he vivido en este lado de la capital. Mi mamá llegó a este barrio de Bogotá por unos paisanos amigos de ella, que ya llevaban un par de años viviendo aquí en Bosa. Ellos nos ayudaron mucho porque mi mamá dice que llegamos con una mano adelante y la otra atrás.

Nunca conocí a mi papá de sangre, aunque Alberto, el nuevo esposo de mi mamá, fue como mi papá de verdad. Creo que tenía 2 o 3 años cuando Alberto se vino a vivir con nosotras. Él y yo nunca tuvimos una relación que uno pueda decir que era muy de cerca, pero eso si hay que decir que Alberto siempre fue muy respetuoso conmigo.

Alberto y mi mamá se conocieron haciendo reciclaje. Mi mamá se puso a hacer ese trabajo por varios años, alternándolo con temporadas en las que trabajaba en casas de familia. En ese tiempo ella era una trabajadora resistente.

Desde chiquita me acostumbré a estar sola. Mi mamá y Alberto salían a trabajar y me dejaban encerrada en el cuarto con el televisor prendido. Mi mamá me decía que en un cuarto de la casa vivía un loco al que no le gustaban las niñas, y que si me encontraba por ahí en los corredores me raptaba y me volvía salchichón. ¡Terrible ¿no?!. Claro que ahora entiendo por qué existía ese loco dentro de mi casa. Mi mamá sentía miedo de que me pasara algo. Igual, yo

me creía el cuento y le hacía caso. Yo pasaba muchas horas en ese cuarto, pero a mí me gustaba ver televisión. Yo me sentía acompañada por los personajes de las novelas; me metía en sus vidas y sentimientos. Yo creo que es por eso que siempre me han gustado las novelas. Me acuerdo que cuando mi mamá llegaba de trabajar yo le contaba con pelos y señales todo lo que pasaba con los personajes de cada una, mientras preparábamos la comida juntas para que de paso, yo aprendiera a cocinar.

Estábamos en su casa. Yo no la conocía. Era un cuarto pequeño y modesto, donde apenas había espacio para dos camas, una mesa de madera con tres butacos y la cocineta. Todo estaba un poco desordenado y se notaba poco esmero por la limpieza. El televisor estaba prendido y llamaba mi atención lo reciente de su modelo y lo bien que se veía la imagen. Pasaban un programa de concurso algo aburrido que molestaba un poco nuestra conversación, así que Leidy lo apagó y buscó una olla para poner a hacer un chocolate. Yo había llevado un pan integral para que comiéramos juntas, así que yo me puse a cortar el pan mientras Leidy cuidaba del chocolate. Noté que empezó a llover y me acerqué a la única ventana del lugar. Una pequeña ventana con rejas que da al patio interno de la casa; a ese patio que era propiedad del loco que aprisionaba a las niñas.

Un día llegó a vivir al cuarto de enfrente un señor que gritaba mucho y le pegaba a su mujer. Cuando se agarraban se oía como si estuvieran al lado mío y a mí me daba un miedo terrible. Ya no me gustó quedarme sola en ese cuarto, así que a los 7 años le dije adiós a las novelas y le pedí a mi mamá que me llevara con ella a trabajar.

Apenas comencé a salir con mi mamá y Alberto a reciclar, me encantó. Me gustó salir de esas cuatro paredes, conocer

gente y estar en la calle. Después le perdí las ganas porque no me gustaba mucho estar revolcando en la basura; olía feo. Además le tocaba a uno aguantarse todas esas miradas humillantes que todavía hoy mismo recuerdo. Nos miraban con asco y con desprecio. Yo me sentía poca cosa y me dolía. Mi mamá me decía que el trabajo no es deshonra, que no debía avergonzarme de nada porque todo trabajo es digno. Pero aquí entre nos, yo pasé momentos tan terribles que me sentí realmente mal de estar en esas.

En el reciclaje conocí varios de mi edad que trabajaban y estudiaban al tiempo. Yo me moría por hacer lo mismo; quería entrar al colegio. Quería estudiar, hacer una carrera y ser una famosa actriz de telenovelas. Mi deseo más grande era salir adelante y tener una vida mejor. Trabajé unos cuantos meses con mi mamá y cuando tuve ahorrada la plata de la matrícula del colegio, le conté que quería dejar de reciclar para dedicarme al estudio. A ella le pareció bien y me apoyó.

A mis 8 años entré a hacer primero de primaria en el Colegio Cooperativo Minuto de Dios. Me acuerdo que la noche anterior a mi primer día de colegio no pegué el ojo de la emoción. Mi mamá hizo un esfuerquito y me compró el uniforme; yo estaba feliz de estrenar. Me gustó el colegio. Hice amigas con las que recochábamos mucho, pero yo también fui juiciosa y estudiaba. Me gustaban todas las materias menos matemáticas. Es que en esa materia siempre me quedaba atrás. Lo que más se me dificultaba era la división. Una cosa que me encantó fue cuando entró el profesor de teatro al colegio. Yo me puse feliz y a mí me fascinaba esa materia. Siempre me ha gustado jugar a ser otra persona, a disfrazarme y a ponerme colores y máscaras.

Cuando Leidy dijo esto, reconocí lo sincero de toda nuestra charla. Leidy se presentaba ante mí sin máscaras ni

disfraces. Me parecía sorprendente su entera confianza y su manera de contarme las cosas, teniendo en cuenta que era corto el tiempo de conocernos y que además no era de por sí una persona muy comunicativa. Cuentan que siempre ha sido muy tímida. Tal vez por eso mismo le gustaba transformarse vistiéndolo su cara con un antifaz.

Casi que no puedo con primero y segundo, pero al fin los superé. Me tocó estudiar mucho pero lo logré. El coordinador de disciplina me ayudó bastante. Me escuchaba, me daba consejos y hasta me ayudaba a estudiar.

De vez en cuando iba por las tardes a reciclar con mi mamá. A mí me salía bueno como negocio porque ella me daba unos pesitos y así yo me compraba los lápices, los cuadernos, las onces y las otras cosas que necesitaba en el colegio. A veces me antojaba de comprar moños para el pelo o aretes, entonces reunía la plata poco a poco y ya después me los podía comprar.

Cuando entré a tercero de primaria mi mamá se enfermó y le tocó quedarse en la cama. Fue de un momento a otro y sin razón, que un día le empezaron a doler mucho las piernas. Una se le puso toda morada y se le hinchó como un balón de fútbol. Llegó un punto en que ya no podía ni caminar. Los médicos dijeron que había que hacerle varios exámenes para poder saber bien que era lo que tenía. Alberto y mi mamá siempre habían ganado apenas lo necesario para pagar la pieza y comprar la comida. No había de donde sacar plata para los exámenes y a mí me dolía mucho ver a mi mamá así, toda enferma sin poder caminar.

Hablé con los paisanos de mi mamá, esos que siempre nos han echado una mano cuando la necesitamos. Les conté que me sentía toda triste de ver a mi mamá así. Que quería

ayudarla y conseguirme la plata para pagar los exámenes, pero que yo no quería volver a reciclar todos los días. Estuve muy de buenas porque durante mi visita a los paisanos llegó doña Fabiola; una señora del barrio amiga de ellos que necesitaba a alguien que le ayudara en la casa. Los paisanos me recomendaron y así fue como empecé a los 10 años a trabajar donde doña Fabiola.

Estudiaba por la mañana de 7 a 12, almorzaba en el colegio y después me iba a trabajar donde doña Fabiola. Regresaba a la casa cuando ya empezaba a oscurecer. Llegaba a hacer la comida y a hablar con mi mamá. Ahora era ella quien me contaba las novelas.

Comíamos pan integral y tomábamos chocolate, mientras yo pensaba en el sabor amargo de la vida de Leidy. No tuvo tiempo para esperar; todo lo conoció demasiado rápido. Creció a la brava, cargando desde muy pequeña la responsabilidad de sí misma y de su madre. Detrás de su modesta apariencia se esconde un espíritu valeroso que lucha por robarle a la vida lo que le ha negado. Igual se nota que en sus gestos hay cansancio y que su arduo camino le ha dejado imborrables huellas en el rostro.

Doña Fabiola trabajaba por las tardes como secretaria en una oficina de abogados. Su sobrina se encargó mucho tiempo de cuidarle a su hijo, pero por alguna cosa que nunca supe, no siguió. Yo llegaba, le recibía a Alexander, le hacía el tetero y el almuerzo, lavaba la loza y arreglaba la casa. A mí me encantaba cuidar a Alexander. Apenas tenía 2 añitos. Era todo chiquito; todo lindo y tierno. Lo que no me gustaba era cuando se ponía a llorar sin que yo lo pudiera calmar. Me desesperaba porque no sabía qué hacer. Menos mal eso no pasaba mucho porque casi siempre era juicioso. También había otra cosa que no me gustaba mucho, que era cambiarle

los pañales. Pero bueno, pobrecito no tenía la culpa. Yo le cogí cariño muy rápido; él era como el hermanito que siempre quise tener.

Hacer el oficio de la casa como barrer o limpiar no me importaba. Creo que la costumbre de hacer oficio en mi casa hizo que no me pareciera terrible. De pronto es por esa misma razón que me pareció mejor ganarme unos pesos así, en vez de irme a reciclar con Alberto. Además me amañé rápido con Doña Fabiola porque ella era muy buena conmigo. Me daba ropa buena para traer a la casa y algo de mercadito. Siempre me trató con respeto y cariño. Me pagaba todos los viernes los \$15.000¹ que me daba por la semana. No es que fuera un montón de plata, pero yo sabía que doña Fabiola no podía pagarme más. Igual, me ganaba más que en el reciclaje. De lo que me sacaba en la semana yo ahorraba una parte para los exámenes de mi mamá y otra parte para las cosas del colegio.

Ir al colegio y trabajar no fue fácil porque como ya no tenía las tardes libres, no tenía tiempo para estudiar. Muchas veces traté de estudiar donde doña Fabiola pero me acuerdo que era imposible con el niño ahí. Alexander era mucha responsabilidad y yo sabía que tenía que estar con los ojos puestos en él. Gastaba mucha energía y cuando llegaba a mi casa, solo me quedaba un poquito de fuerza para hacer la comida, arreglar un poco la casa, hacer las tareas rápido y bien hechas y acostarme a ver televisión o a dormir. En todo caso yo me esforzaba por hacer siempre las tareas.

Pasé un tiempo así hasta que el sueño y el cansancio me mataron. Me acuerdo que me quedaba dormida en la clase

¹ Para el momento de la publicación de este libro, la cifra equivale a 5 dólares aproximadamente.

de historia y que cuando me pillaba la profesora me pegaba unos regaños terribles. Me costaba mucho trabajo levantarme por las mañanas y empecé a llegar tarde al colegio. Mis notas cayeron al piso y subieron mis faltas al colegio. Aunque el coordinador y mi amiga Tatiana intentaron ayudarme al final del año para pasar todas las materias, no pude; perdí tercero de primaria.

Perder el año fue triste. Se iban las esperanzas de continuar estudiando después, y me sentía como culpable. No tenía sentido gastarme la poca platica que me ganaba en pagarme tercero de primaria por segunda vez, cuando yo veía a mi mamá haciendo magia para pagar sus medicinas. Me sentí incapaz de seguir y a los 11 años me salí del colegio.

Sus ojos pintados y de enormes pestañas retenían con ansia ese par de lágrimas que parecían salir de sus párpados de un momento a otro. Contenía con fuerza el sentimiento porque no quería mirar de frente la derrota. Se había tragado todo de un solo bocado y no estaba acostumbrada a hablar de su vida personal. Las experiencias ya la habían curtido suficiente como para hacer la vista gorda a las amarguras de su vida. La comprendí de inmediato, así que quise ausentarme un momento para que ella adquiriera nuevamente el dominio de sus monstruos. Me levanté del butaco y le pedí que me prestara el baño para lavarme las manos. Intenté disimular a toda costa lo que sentía y veía. Ella me indicó el camino y permanecí allí tres minutos. Cuando regresé, Leidy había retocado sus ojos pintados y ya la encontré de mejor ánimo recogiendo los platos de la mesa.

La enfermedad de mi mamá resultó sin cura; aparece y desaparece de un momento a otro. No pudo volver a

trabajar en casas de familia ni tampoco en el reciclaje, por lo que en esos trabajos se camina bastante. Con la enfermedad de mi mamá, Alberto se consiguió otra dejándonos a mi mamá y a mí solas. A mi mamá la afectó mucho la ida de Alberto. Se deprimió harto tiempo y yo me sentí en el deber de subirle el ánimo como fuera y de traerle platica a la casa ya que estábamos solas. Los paisanos impidieron que mi mamá se echara a la pena y la motivaron para que continuara su vida y olvidara el pasado. Se empeñaron en que montaran juntos un negocio de empanadas y lograron convencerla. Mi mamá prepara las empanadas y ellos las venden en su tienda, entonces así nos ganamos unos pesitos. Es que tocaba que mi mamá se levantara de la pena porque era imposible que yo corriera con todos los gastos de las dos.

No trabajé mucho más con doña Fabiola porque después ella se cambió de barrio. Se fue a vivir al otro extremo de la ciudad y entonces era difícil seguir. Ella muy chévere me recomendó con doña Inés. Allí entré a trabajar de tiempo completo.

Doña Inés tenía un centro de estimulación temprana para niños. Yo creo que le iba bien porque había más de 15 niños. El trabajo era pesadito. Eso me tocaba cargar colchonetas, ayudarle con la comida de todos los niños y hacer el aseo de todo el centro. Yo tenía que estar a las 6:15 de la mañana y no podía fallar ni cinco minutos porque se ponía de mal genio. Ella no era como doña Fabiola. Desde el principio me dio mala espina. Todo el día detrás de mí inspeccionando qué estaba haciendo, acosándome para hacer las cosas rápido y regañándome por todo.

Yo me sentía muy mal en ese centro; me daba rabia no poder irme. Todo el tiempo estaba triste y cada ratito me deprimía. Mi mamá me decía que me veía rara y que me notaba cambiada desde que estaba trabajando con doña Inés.

Yo no le decía nada, pero ella con su sexto sentido de mamá se daba cuenta. Yo creo que lo que pasaba era que la tristeza se me salía por la cara. Varias veces me dijo, como quien no quiere la cosa, que dejara el trabajo y que no tenía que regresar si no quería. Lo que pasaba era que yo sabía muy en el fondo, que otra platica además de la que entraba por la venta de empanadas no venía mal. No había otra opción que seguirla con doña Inés.

Madura y consciente, Leidy habla de sus decisiones y su vida laboral, como si tuviera veinte años más de los que tiene. Su largo recorrido por el mundo del trabajo junto a la imposibilidad de salir de él, limitaba su vida hasta haber negado sus propios derechos y sentimientos. ¿Pensaría ella lo mismo que yo?. Afuera ya se iba la lluvia y entraba la noche. Recordé que era largo el camino que me esperaba hacia mi casa y sentí entonces que ya iba siendo hora de irme. Esperé atenta y en silencio el final de la historia de Leidy y pensé que me gustaría volver a hablar con ella en otra ocasión.

El día menos pensado llegó mi golpe de suerte. Menos mal que toda cosa mala que le pasa a uno, también trae una cosa buena. Lo que me dio de bueno ese tiempo, hizo que el trabajo donde doña Inés valiera la pena después de todo.

Conocí a Juan Carlos un 7 de diciembre; el día de las velitas. Ese día hubo una gran fiesta para despedir a los niños que salían de vacaciones de fin de año. Juan Carlos fue al centro a llevar unas mesas y unas sillas que se alquilaron para la fiesta. Nos conocimos y él se enamoró de mí. Me invitaba a cine, a comer y a pasear por los parques. Después de tanto coquetearme me echó el cuento y bueno, había sido tan lindo que al final me cuadré con él. Eso pasó cuando yo tenía 15 años y él 19. Desde el principio me ayudó mucho. Si no hubiera sido por él, no habría podido salirme del trabajo con doña Inés.

Juan Carlos me recomendó donde doña Ana, una señora que él conocía. Así fue que pude cambiarme de puesto, teniendo la fortuna de dar con una mujer tan chévere como doña Ana. Ella es muy chistosa porque cuando se le mete una cosa en la cabeza no hay nadie que se la saque. Me insistió en la importancia del estudio y como doña Ana es profesora de un colegio, se puso a darme clases una vez a la semana, sin que yo tuviera chance de decir que no. Igual no había razones para negarme, aunque la verdad, el estudio ya era para mí algo muy lejano. Hace años que me quedé en tercero de primaria y ya estoy muy grande para terminar el bachillerato o hacer la universidad.

Ya llevo 2 años recibiendo clases con doña Ana y trabajando para ella. En todo este tiempo he aprendido a dividir sin miedo y últimamente hasta estoy pensando en terminar la primaria, ya que no pude estudiar para ser actriz de telenovelas.

También logramos con mi mamá una mejor economía gracias a que el negocio de empanadas va bien y a que doña Ana me paga mejor que en cualquier trabajo. También nos ayuda Juan Carlos, porque otra vez volvimos a ser tres en la casa. Juan Carlos se fue a vivir con nosotras y hace poco recibimos la noticia de que estoy embarazada. Aunque no esperaba ser mamá a los 17 años, la noticia de tener un hijo me alegra. No sé por qué, pero yo lo presenté desde el primer momento que quedé embarazada. Es que como que el cuerpo y el alma se le ponen a uno diferentes. Yo sé que no soy muy mayor y que tampoco soy la más madura de todas, pero la noticia me ha dado fuerzas para luchar y creo que puedo cargar esa responsabilidad.

Voy a trabajar con toda la esperanza de poder ahorrar unos pesitos para tener la estabilidad que quiero darle a mi hijo. A mí me tocó trabajar toda la vida y aunque es cierto que,

como dice mi mamá, el trabajo no es deshonra, no quisiera que mi hijo trabaje como yo. Quiero que crezca en otra mentalidad y que trabaje cuando sea grande, cuando ya haya estudiado y sepa lo que quiere ser. Menos mal no estoy sola porque Juan Carlos me apoya en ese sentido. Mi mamá así como los paisanos y doña Ana están conmigo y sé que me echarán una mano mientras crece mi hijo. Ahora me acuesto a dormir y solo deseo que ojalá se me dé el sueño de darle a mi hijo la posibilidad de jugar, estudiar y crecer lentamente.

Capítulo III

EL TRONCO DEL

NARANJAL

Elvira (40 años)



como dice mi mamá, el trabajo no es deshonra, no quisiera que mi hijo trabaje como yo. Quiero que crezca en otra mentalidad y que trabaje cuando sea grande, cuando ya haya estudiado y sepa lo que quiere ser. Menos mal no estoy sola porque Juan Carlos me apoya en ese sentido. Mi mamá así como los paisanos y doña Ana están conmigo y sé que me echarán una mano mientras crece mi hijo. Ahora me acuesto a dormir y solo deseo que ojalá se me dé el sueño de darle a mi hijo la posibilidad de jugar, estudiar y crecer lentamente.

Capítulo III

EL TRONCO DEL

NARANJAL

Elvira (40 años)



A mi mamá le gusta contar historias del pasado y es por eso que ella le cuenta a todo el mundo que Suba fue el pueblo más famoso de todos los pueblos cercanos a Bogotá. El secreto de la fama de Suba: la morcilla con papa que vendían los domingos en todo el centro de la plaza. Cuentan que la gente se amontonaba y que llegaban visitantes de muchos lugares de Bogotá y de las afueras. En esa época Suba era zona de puro campo, donde vivían campesinos de ruana y sombrero que cuidaban vacas y cultivaban flores y papa. Me cuentan que una vez al año celebraban el día del campesino, con una pachanga llena de música, baile y aguardiente.

Pasó el tiempo y Suba dejó de ser lo que era antes. La ciudad le hizo perder su vida de pueblo y todo cambió. Los edificios y centros comerciales desaparecieron los cultivos de papa y de flores, y la gloria de la morcilla se volvió una historia más de mi mamá.

Cuando pienso en el pasado me doy cuenta que mis papás resintieron mucho el pasar diario de todo ese tiempo que cambió nuestra vida por completo. Mis hermanos y yo nos acomodamos mejor que mis papás; finalmente éramos jóvenes y estábamos más abiertos al cambio. Pero mis papás nunca dejaron de pensar en los viejos tiempos. La frase de siempre de mi papá es ésa que dice: todo tiempo pasado fue mejor.

Era temprano y ningún ruido se entrometía en la conversación entre Elvira y yo. La cafetería estaba prácticamente vacía. Llamamos a la mesera y pedimos dos jugos. Elvira pidió uno de naranja y me aconsejó seguir su elección. Me habló un rato de los poderes curativos y energéticos del jugo de naranja en las mañanas, así que hice caso a su sugerencia. La mesera se dirigió a la barra y fue en ese momento que vi a los dos viejos que estaban allí leyendo el periódico. Elvira

también reparó en ellos y los miró con tanta insistencia que creí que de un momento a otro se iba a levantar a preguntarles si opinaban lo mismo que su papá. Ella era de ese estilo de mujer que parecía no darle pena nada. En todo caso lo que imaginaba era una ridiculez que Elvira no hubiese hecho, así que yo me reí por dentro de mis locuras y Elvira siguió hablando.

En el tiempo de mis papás, ellos se dedicaron al cultivo de flores. Me acuerdo mucho de las azucenas y las magnolias; todavía son mis flores preferidas. Aunque mis papás no tenían algo muy grande, tenían una producción medio buena. Tampoco se puede decir que mis papás tuvieran plata, pero valga la verdad, nunca nos faltó nada. Mis hermanos y yo trabajábamos en el cultivo por temporadas, sobretodo para las épocas de cortado. A mí me gustaba y lo hacía con gusto.

Cuando terminábamos el día mi papá me daba plata para ir a la tienda de don Genaro a comprar dulces de mora y galletas de arequipe; me gastaba toda la plata en eso. Mis hermanos que ya eran más grandes no compraban dulces conmigo, sino que se guardaban la plata para invitar a sus novias a salir y así poderles coger la mano.

A mí me gustaba pasar la tarde en el invernadero tocando la tierra, regando las flores y oliendo las magnolias. Pasaba días enteros metida en el cultivo, desde bien temprano por la mañanita, hasta bien entrada la tarde. Dejé de ir tanto cuando entré al colegio porque ahí si me tocaba ponerme a estudiar y hacer las tareas o si no, mi mamá me regañaba.

Mis hermanos me llevaban 9 y 10 años de diferencia por lo que ya iban bien adelantados en los estudios. Siempre habían sido muy aplicados, así que yo debía ser como ellos y portarme de lo mejor. Con todo y las buenas intenciones,

tengo que confesar que en el colegio no fui la mejor estudiante de todas y que hasta perdí segundo de bachillerato. Pero afortunadamente, con todo y los trancazos, acabé el colegio. El día que recibí el grado de bachiller mi hermano mayor se casó. Él ya era un técnico en sistemas y trabajaba para una empresa que le ofrecía un empleo estable. Mi otro hermano le siguió el ejemplo al mayor y al poco tiempo también formalizó su compromiso con su novia. Yo me quedé con mis papás cuidando de ellos y de lo poco que les quedaba de los cultivos de flores.

Mis papás ya venían cansados del negocio de las flores y no pasó mucho tiempo para que llegara el día en que vendieran su última parcela de tierra con la casa y todo. Una constructora que apareció de la nada les hizo una buena oferta y ellos después de mucho pensarlo, lo aceptaron. El día que mi papá firmó la venta del terreno cambió nuestra vida de cultivos de flores y empezó una vida de ciudad.

Desde el primer día que vi a Elvira reconocí en sus delicadas facciones la hermosa herencia campesina, a pesar de su apariencia de mujer citadina. Es una mujer atractiva. De baja estatura pero de una encantadora belleza muy propia al altiplano cundiboyacense. Me llamaba la atención lo compuesta que estaba hoy: el color rojo de su vestido, sus adornos de buen gusto, el maquillaje verde como sus ojos y las cejas depiladas con esmero. Siempre se expresa con mucha propiedad al hablar y se percibe de lejos que le seduce la vida contemporánea.

Conseguimos un apartamento bueno en un barrio cercano llamado la Gaitana, donde todavía vivo. A mí me encantó desde el principio. Yo era la más entusiasmada con la idea de vivir en apartamento, con todo último modelo y cocina integral. Claro que no era tan grande como nuestra casa de antes, pero igual nunca tuvimos problemas para

acomodarnos. Mis papás habían conseguido con la venta del terreno asegurar un dinerito para su vejez, pero con el arriendo y el encarecimiento de la vida, se sabía que no iba a aguantar mucho si yo no les echaba una mano. Además yo ya estaba grande para trabajar y responder, al menos por mí.

A los 19 años empecé a trabajar en una fábrica de licor, estampillando botellas. Allá trabajaba todo el día. Conocí a Sandra, la secretaria de la fábrica. Desde el principio nos caímos muy bien y nos hicimos amigas. Ella me parecía toda elegante, importante y ejecutiva. Yo veía lo que ella hacía en su trabajo y me gustaba, quería ser así. Fue entonces cuando ella me animó a pasar por el Sena para matricularme a secretariado y empecé a estudiar por las noches. Sandra y mis hermanos me ayudaron a estudiar. Me concentré en eso y con lo que ganaba en la fábrica más lo que me daban mis papás, lograba sostenerme en el estudio.

Terminé mi carrera técnica y logré ser una ejecutiva elegante como Sandra. Trabajé de secretaria más de 15 años para una empresa toda importante. Allí conocí a uno de los conductores de los jefes de la empresa y después de un noviazgo de 1 año y 4 meses me casé con él. No quería dejar a mis papás solos, así que mi esposo y yo decidimos vivir en el apartamento con ellos.

Tuvimos dos niños y después la niña; igualito que mis papás. Mientras mi marido y yo estuvimos dentro de la empresa los niños tuvieron todo asegurado. Tuvieron su colegio, su seguro de salud y hasta los llevamos dos veces a la sede que tenía la empresa en Melgar, para que estuviéramos en un sitio con piscina y todo. Ellos pasaban felices porque había un tobogán grandote y se la pasaban jugando todo el día. A mis hijos nada les faltó. Además, yo siempre los consentí mucho de pequeños y cuando me pagaban mi quincena era sagrado que yo salía y les compraba algo: que las onces, que

un jugueteo, que unas medias; lo que ellos necesitaran. Los domingos los llevábamos a comer fritanga o a pasear a un parque. En todo eso de mis hijos también fue muy importante el apoyo de mis papás, porque valga la verdad, ellos siempre nos ayudaron a cuidarlos y atenderlos. Todavía me cuidan a Rocío y esa es una razón de peso por la que siempre me ha parecido bueno vivir con ellos.

Elvira no disimula su orgullo y regocijo por tener la fortuna de poder recordar buenos tiempos y de contar incondicionalmente con sus padres. Su cara se llena de sonrisa y sus ojos se abren como un par de lamparones. Reconozco su ventura, la unidad de su familia y la prosperidad que en muchos momentos la ha acompañado. Finalmente, no todo es romperse el pescuezo trabajando y Elvira ha tenido la oportunidad de saberlo.

Un buen día recibí un comunicado de la empresa donde trabajaba de secretaria, en el que nos citaban a varios de los trabajadores a una reunión extraordinaria. Era una lista inmensa donde aparecía mi nombre y el de mi marido. Una vez allí la gritería fue estupenda cuando el vicepresidente nos dijo de la decisión de quitar 300 empleos para bajar gastos. Nosotros armamos la protesta en pocas horas; no nos íbamos a dejar botar así como así. Pero después de toda la alharaca, no hubo nada que lograra echar atrás la decisión del tonto ese del vice y nos tocó resignarnos a terminar las pataletas de ahogado.

Mi marido entró a la construcción y yo después de mucho buscar empleo como secretaria, me resigné a trabajar en mensajería. No era lo mismo que mi puesto de antes, pero había que conformarse así ganara menos y fuera un paso atrás en mi lucha por salir adelante como ejecutiva. Como dicen por ahí: algo es algo y peor es nada.

Como todo pasó en el momento en que mis papás ya estaban viejos y ya contaban con los dedos de una mano los pocos pesos que les quedaban, no pude pedirles ayuda y no tuve otra opción que hablar con los muchachos. John tenía 16 años y Fredy tenía 15; ya eran jóvenes y ya iba siendo hora de que colaboraran con los gastos de su colegio y de la casa. Mi marido y yo no podíamos solos y todavía quedaba por sacar adelante a Rocío que tenía 10 años.

La situación no era como para quejarse, pero entre lo que ganábamos mi esposo, los dos muchachos y yo, no alcanzábamos a pagarle los estudios a Rocío. Yo quería que siguiera estudiando y ella también quería. Fue en ese momento cuando se pensó en que fuera a colaborarle a una prima mía que se ofreció a ayudarnos cuando le comenté la situación. Ella todavía trabaja para una empresa del gobierno y su marido es contador; los dos ganan buena plata.

Mi prima Claudia acababa de tener su segundo hijo. Ya se había acabado su permiso de maternidad y tenía que regresar al trabajo. El marido solo podía cuidar a los niños por la mañana, pero no podía estar con ellos por las tardes. Ahí fue que pensamos en la idea de que Rocío fuera a su casa todas las tardes después del colegio.

Elvira toma el último sorbo de su jugo de naranja y la mesera que ya venía acercándose a nosotras con el trapero en mano, se acerca a pedirnos el favor de que levantemos los pies del suelo para que pueda limpiar debajo de la mesa. Elvira y yo nos miramos en silencio con las piernas en el aire, esperando a que la mesera abandone lo más pronto posible nuestro espacio. La mesera termina la limpieza, levanta los dos vasos ya vacíos, pasa un trapo por la mesa y se va. Yo miro a Elvira y con un gesto le pido que continúe.



Yo me achicopalé un poquito de que Rocío tuviera que ir a trabajar desde tan pequeña, pero no había nada más que hacer si queríamos que siguiera en el estudio. Se venía el principio de año y había que comprarle los libros, los cuadernos, el uniforme y todas esas cosas que les piden empezando el año. Me parecía bueno pensar que íbamos a poder pagar todas esas cosas y que el trabajo era con mi prima, así que yo podía estar tranquila de que Rocío no estaba frente a grandes riesgos de nada.

Cuando mi prima me dijo lo que podía pagarle a Rocío me sentí un poco triste. Es que ella siempre ha sido como tacañita. Nos iba a tocar ahorrar toda la platica que se ganara Rocío los tres primeros meses, para cubrir los gastos del colegio. Igual yo le comenté a Rocío y ella aceptó. A mi se me partía el alma, pero también era cierto que necesitábamos la plata aunque fuera poquita.

Rocío entró a trabajar con mi prima Claudia cuando empezaba quinto de primaria. De lunes a viernes salía bien temprano a estudiar, terminaba las clases a mediodía, almorzaba en el colegio y cogía una buseta que al ratico la dejaba donde mi prima. Su trabajo era, en lo principal, cuidar los niños, hacerles la comida, cambiarles el pañal y estar pendiente de ellos.

Ese año yo la vi como triste y cansada. Es que ahora me doy cuenta de que a Rocío le costó mucho adaptarse a trabajar donde mi prima. Pues yo me daba cuenta que no le gustaba trabajar, pero tampoco entendía por qué se sentía tan mal. Para rematar se me descuidó bastante en el estudio. Bajó su rendimiento escolar y para mitad de año me iba perdiendo tres materias. Yo hablé con ella y le dije que eso no podía ser. Hasta que no me recuperara esas tres materias no podía jugar con el hijo de la vecina, que por cierto ya me la traía bien distraída y no podía ver televisión.

Tenía que dedicarse a estudiar fuertemente en las horas que no estuviera en el colegio o trabajando.

John y Fredy le ayudaron bastante. Menos mal mis dos hijos salieron bien inteligentes. Gracias a ellos le fue mejor. Menos mal, porque de lo contrario, hubiera sido aterrador que mi Rocío perdiera quinto.

Y realmente estoy segura de que si Rocío hubiera tenido que repetir quinto, Elvira hubiera vivido ese suceso como algo aterrador. En otras ocasiones en las que habíamos compartido otros temas, me había dado cuenta que para Elvira, la educación era el camino recto de la vida y el que brindaba las claves para superarse en el futuro.

Rocío terminó la primaria y yo quería que continuara el bachillerato. Cuando fui a inscribirla me enteré de que el colegio no tenía bachillerato en la jornada de la mañana. Si ahora le tocaba asistir en la jornada de la tarde tendría que dejar el trabajo donde mi prima Claudia y se subirían los gastos para mi esposo y para mí.

Le dije a la directora que me diera dos días para pensarlo y me fui a hablar con mis papás y mi esposo. La situación económica no había mejorado en la casa. Mi esposo seguía trabajando en la construcción y ese sector con el paso de los años iba de mal en peor. Mis papás no podían ayudar con los gastos de la casa, aunque ellos nos quitaban un gran peso de encima porque nos pagaban la mitad de la hipoteca del apartamento. En todo caso, al principio no hubo muchas ideas para conseguir de otra forma la platica que se ganaba Rocío. Mis papás se sentían como incapaces por no poder ayudarnos y mi esposo, aunque diga que no, se resignaba a que la sacáramos del colegio por un tiempo.

Es que mi esposo siempre ha sido muy dormido y a veces tiene unas ideas que no coordinan con las mías. Él es muy

descomplicado y tranquilo. No piensa en el futuro o en el presente, sino que espera pacientemente a que las cosas se vayan dando. Si hubo, hubo, y si no, listo, ningún problema. Debo admitir que en esa parte tengo un problema con él, porque me da rabia que no sea una persona emprendedora, de espíritu, de ésas que sueñan con comprar una casa, hacer un negocio.

Él no piensa que más adelante los hijos van creciendo y que hay que ir pensando en su universidad; no, él no ve eso. Cuando soy consciente de eso me siento desprotegida y sin apoyo frente a esa responsabilidad de saber que los hijos crecen y que sería bueno hacer un ahorro o buscar alternativas. No sé por qué no pensé en esto cuando éramos novios porque, valga la verdad, él siempre fue muy dado a la vida fácil.

No me resigné ante la situación y decidí inventarme algo para poder sacar a Rocío del trabajo y dejarla en el colegio. Tenía que conseguir la forma de ganarme esa platica que Rocío se ganaba. Le comenté mi problema a Sandra, mi vieja y buena amiga, y me sugirió que empezara a vender mercancía; un negocio en el que ella había entrado hace poco y en el que parecía irle como bien. Me arriesgué a hacerlo y matriculé a Rocío en primero de bachillerato con una plata que me prestó Sandra. Yo me lancé al ruedo porque como dice el dicho: el que no arriesga un huevo, no saca un pollo.

A ella le gustaba decir refranes tal y como lo acostumbraba su papá. Su boca se llenaba de orgullo y valentía al pronunciar sus últimas palabras. Y es que no era para menos su sentido de lucha inquebrantable y su voluntad firme como un tronco. Ella sabía de su logro y se sentía segura de sí misma y de su verdad. Siempre había sentido su inconformismo y rabia ante la gente inmóvil; ante ésos que se quedan quietos viendo que la

vida pasa. Ésos que no llevan la vida por sí mismos, sino que la vida los lleva a ellos.

Con mi pinta de ejecutiva y bien maquilladita volví a las oficinas, donde empecé a ofrecer con una sonrisa de modelo, artículos finos como perfumes, jabones, joyas en fantasía, pañoletas y bolsitos de cuero. Lo combiné con la mensajería y todo me resultó mejor de lo que esperaba. Empecé a ganarme mi platica extra y le demostré a mi esposo que sí era posible mantener a Rocío en el colegio. Bueno, yo también tengo que decir que aprendí mi lección, porque me di cuenta de que verdaderamente, nunca hubo una razón económica de peso para que Rocío trabajara. Yo como su mamá, pude solucionar lo que me tocaba.

Empecé con un ahorro base porque sé que mi deber como mamá es luchar por darles los estudios a mis hijos. Quisiera que mi ahorro se hiciera muy grande y así poder darles para la Universidad o así sea para una carrera técnica.

Pienso en mi vida y veo que por lo menos yo estudié en un Sena y yo sé mi profesión. Que mis papás nos dieron el estudio a todos nosotros. Entonces, en esa parte del estudio espero que mi Dios me dé siempre la forma de poder ahorrar para darles estudio superior a los tres. Además siempre han estado dispuestos a ayudarse y los dos muchachos ya combinan perfectamente bien, el trabajo con el estudio. Ya cuando Rocío esté más grandecita, pues ahí si que se ayude, pero primero lo primero.

Como mi marido y yo trabajamos todo el día fuera de la casa, mis papás me ayudan con el cuidado de Rocío en su tiempo libre. Es que a mí me preocupa saber en qué anda la niña y por eso me interesa mantenerla ocupada cuando no está en el colegio, en vez de que se ponga a salir por ahí con las amigas.

Me ha ido bien con la venta de mercancía y con eso pude meter a Rocío a estudiar karate en el parque de la amistad. Estudia de 7 a 9 de la noche. Es una manera de tenerla ocupadita en algo bueno y de que no esté pensando en callejar. Igual es un esfuerzo porque me toca darle \$2000¹ diarios para los buses. Las clases son tres días a la semana: lunes, miércoles y viernes. Como ella estudia por la tarde, llega del colegio, se va para la academia, llega a la casa, come y se acuesta a dormir.

Por las mañanas ella se levanta, hace el aseo de la cocina y lava loza, aunque valga la verdad, hay que decir que a Rocío no le gusta mucho lavar loza ni meterse a la cocina. Después hace sus tareas y se va para el colegio. Entonces logro tener a Rocío ocupada en algo que le enseñe cosas buenas para la vida.

A mí me gustaría que Rocío tuviera algo recreativo para hacer los sábados. Había pensado meterla en Coldeportes, sino que todavía me queda difícil por la plata. En todo caso ella y mis dos muchachos saben que yo siempre estoy pendiente de sus estudios y de todas sus cosas, porque mientras pueda, yo voy a ayudarles en todo.

La mesera se acerca y nos pide el favor de que abandonemos la mesa porque ya es la hora de arreglar todo para el almuerzo. Elvira observa su reloj de mano y menciona que se tiene que marchar a una cita que tiene en una empresa para vender sus mercancías. Conserva esa sonrisa que ha mantenido en todo nuestro encuentro y veo brillar en sus ojos verdes, la certeza de sentirse como una madre que ha elegido lo correcto para sus hijos y que vela por sus sueños. Nos despedimos con afecto y cada cual coge su camino.

¹ Para el momento de publicación de este libro, la cifra equivale a 65 centavos de dólar aproximadamente.

Capítulo IV

CASTILLOS DE RON CON

PASAS

Rocio (12 años)



Me ha ido bien con la venta de mercancía y con eso pude meter a Rocío a estudiar karate en el parque de la amistad. Estudia de 7 a 9 de la noche. Es una manera de tenerla ocupadita en algo bueno y de que no esté pensando en callejar. Igual es un esfuerzo porque me toca darle \$2000¹ diarios para los buses. Las clases son tres días a la semana: lunes, miércoles y viernes. Como ella estudia por la tarde, llega del colegio, se va para la academia, llega a la casa, come y se acuesta a dormir.

Por las mañanas ella se levanta, hace el aseo de la cocina y lava loza, aunque valga la verdad, hay que decir que a Rocío no le gusta mucho lavar loza ni meterse a la cocina. Después hace sus tareas y se va para el colegio. Entonces logro tener a Rocío ocupada en algo que le enseñe cosas buenas para la vida.

A mí me gustaría que Rocío tuviera algo recreativo para hacer los sábados. Había pensado meterla en Coldeportes, sino que todavía me queda difícil por la plata. En todo caso ella y mis dos muchachos saben que yo siempre estoy pendiente de sus estudios y de todas sus cosas, porque mientras pueda, yo voy a ayudarles en todo.

La mesera se acerca y nos pide el favor de que abandonemos la mesa porque ya es la hora de arreglar todo para el almuerzo. Elvira observa su reloj de mano y menciona que se tiene que marchar a una cita que tiene en una empresa para vender sus mercancías. Conserva esa sonrisa que ha mantenido en todo nuestro encuentro y veo brillar en sus ojos verdes, la certeza de sentirse como una madre que ha elegido lo correcto para sus hijos y que vela por sus sueños. Nos despedimos con afecto y cada cual coge su camino.

¹ Para el momento de publicación de este libro, la cifra equivale a 65 centavos de dólar aproximadamente.

Capítulo IV

CASTILLOS DE RON CON

PASAS

Rocio (12 años)



Esta muñeca que tengo aquí se llama Marta y es mi consentida. Me la regalaron mis abuelos en una Navidad. Yo quiero mucho a mis abuelos. Todos los viernes nos llevan a mí y a mis dos hermanos de paseo por el barrio. Nos llevan a algún parque, a hacer mercado cuando mi mamá está muy ocupada y no puede ir, o a un centro comercial a ver vitrinas. A mí ese último plan me encanta porque me fascina ver juguetes y muñecos. En todo caso, vayamos donde vayamos, siempre nos llevan a comer helado y eso es lo más chévere de todo. Yo siempre pido mi preferido: ron con pasas. Mi hermano John siempre me dice que por qué no pruebo otros sabores y hasta peliamos, pero yo ni lo pienso. Me quedo toda la vida con el de ron con pasas. Mis abuelos son muy lindos con nosotros. Yo los quiero mucho porque siempre están muy pendientes de mí y me consienten mucho.

Yo vivo con mis abuelos, mis dos hermanos y mis papás. Mi hermano mayor, se llama John y tiene 18 años. El que sigue es Fredy que tiene 17. Cuando yo era más chiquita John me consentía mucho. Me hacía dibujos muy bonitos y jugábamos al gato y al ratón. Ya cuando crecí más, las cosas cambiaron y empezamos fue a tener problemas. Se une con Fredy para molestarme y sacarme el mal genio. Ahora peliamos cada ratico. A veces nos agarramos y mi mamá se da cuenta, entonces ella se pone furiosa con nosotros. Es por lo único por lo que peleo con ella. Lo que pasa es que yo no lo puedo evitar porque mis hermanos me gritan y a veces me la montan mucho, entonces yo me pongo muy brava y me pegan. Es que yo creo que igual que mis hermanos, hay otros niños muy patanes. Hay un niño en mi colegio que el otro día me dio un puño así no más, sin yo haber hecho nada. ¡Me dio una rabia!. Por eso es que yo si preferiría no tener hermanos hombres, sino más bien haber tenido hermanitas. Eso sí me hubiera gustado. Es que las niñas son más delicaditas y tiernas.

Mi papá es recochero, cariñoso, tranquilo y de buen genio. Casi nunca nos regaña. Él dice que eso se lo deja a mi mamá porque ella sabe cuándo necesitamos un jalón de orejas. En general, mi papá no se mete mucho con lo que nos pasa, porque la que se ocupa de todo lo de mis hermanos y yo, es mi mamá. Mi mamá es toda bonita y elegante. Es la más vanidosa del mundo. A mí me hubiera gustado parecerme a ella porque de verdad que es muy bonita. Ella tiene unos ojos verdes muy lindos y como es toda creída se los maquilla bien chévere. Nunca se le ve fea o desarreglada. Mi mamá también es cariñosa y recochera, aunque mi papá es más fresco y descomplicado. Mi mamá me regaña a veces cuando no hago las tareas o cuando peleo con mis hermanos, pero de resto me llevo bien con ella. Además, para que, pero mi mamá nos ha dado mucho gusto. Desde chiquita mi mamá me traía regalitos y me sacaba mucho a la calle y de paseo.

Algo que nunca se me olvida fue cuando fuimos todos a Melgar. Es un sitio de tierra caliente al que uno llega por la carretera de la nariz del diablo; una roca gigante que está de camino y uno cree que se le va a caer encima. ¡Más chévere!. Lastima que no pudimos volver porque esos dos paseos que nos hicimos allá fueron una machera. El sitio donde nos quedábamos era todo bonito, grande y elegante, y además vendían unos helados de ron con pasas de chuparse los dedos. Había un parque para niños con columpios, rodadero, balanza, pasamanos, caballitos locos y lo más bonito: un palacio de princesita al que uno podía entrar y todo. Era divino. También había una piscina grande con un tobogán rojo en el que recochábamos mucho con mis hermanos. Claro que como ellos siempre jugaban muy brusco, yo prefería irme con las otras niñas al palacio de la princesita.

Aunque no conocía mucho a Rocío, con las veces que la había visto ya me había hecho una idea muy precisa de su forma de ser y creo que no me equivocaba en mis sensaciones.

En el pasado, su madre me habló varias veces de ella, e incluso, sé muchos secretos de familia que ni la misma Rocío, hoy frente a mí, imagina que yo sepa. Siempre fue descrita como una niña de un temperamento muy fuerte, inteligente, inquieta y extrovertida. Muy juguetona y alegre, aunque un poco malgeniada con los hermanos. Rocío era tal y como la describían. Desde el primer día que la conocí me pareció muy alegre y familiar. Era una niña bonita a pesar de que no tuviera los ojos verdes como su mamá. Tenía un gesto muy vivo y amplia sonrisa. Una sonrisa inocente y protegida por el calor del hogar. Una sonrisa que tiene consigo el palacio de la princesita y el mundo de fantasía del que ha hecho parte.

Yo estudio en el Centro Educativo Distrital La Chucua de Suba. Allí empecé desde primero de primaria y ahora estoy terminando primero de bachillerato, o sea que siempre he estado en el mismo colegio. A mí me gusta mi colegio porque aprendo muchas cosas, no solo de las materias, sino que también de los demás. Me parece muy chévere que haya actividades para hacer como bastekbol o cosas de lúdica.

Ahora por ejemplo, algunas niñas del curso estamos preparando un baile para presentar en la izada de bandera. Andamos ensayando todos los días, consiguiendo los disfraces y haciendo los adornos para el escenario. Todas estamos muy contentas con eso y nos gastamos todo el recreo encerradas en el salón múltiple ensayando los pasos. Mi amiga Adriana es muy descordinada. ¡A mí me da un pesar!. Nos tocará ensayar mucho. Claro que el problema es que los niños se ponen a espiarnos y nos dañan todo el ensayo. El que nos dirige y nos impulsó es Jaime, el celador del colegio. Es que Jaime es más chévere!. Él siempre se mete en todo lo del colegio. Que el concurso de la bandera del colegio y Jaime está de primeras, que el diseño del uniforme del

equipo de fútbol y Jaime está de primeras, que apoyar a los estudiantes y Jaime está siempre de primeras. Yo creo que todos los profesores deberían ser como Jaime. Es chistoso que él le ponga más interés a nuestras cosas que algunos de los profesores que tengo.

Hay materias que me parecen super aburridas. Español y matemáticas son las que menos me gustan. Es que las profesoras no me caen bien. La profesora Nidia, la de matemáticas, es una bruja. Nos regaña todo el día y vive de mal genio. Nos grita y nos dice groserías. La de español, la profesora Blanca, es una viejita toda lenta y cansona. Se le olvidan las cosas más bobas y le ponemos letreros en la espalda sin que se de cuenta. A mis amigas y a mí nos da mucha risa. ¡Somos atacadas de la risa!. Se la montamos mucho y ella después nos raja. El año pasado tuve muchos problemas con esas dos profesoras y casi pierdo el año. Claro que también fue mi culpa porque yo dejé de estudiar mucho. Menos mal el próximo año me toca con otros profesores y solo me toca esperar a que se acabe bien este año. Es que yo creo que a mí y a mis amigas ya nos tienen entre ojos. La materia que más me gusta es ciencias. Me parece muy chévere aprender de los animales y del cuerpo humano. Además la profe Elisa es muy linda y siempre saca la cara por mí cuando mi mamá va al colegio a la entrega de notas. Ella es así como Jaime.

Del colegio también me gusta que hay árboles y pasto para sentarse. Lo malo es que a estas zonas no se puede ir mucho porque los ladrones se saltan la reja y se meten al colegio. Es peligroso. Dicen que se meten a robar, a fumar o a meter marihuana. Es mejor no acercarse mucho. Un día que fuimos con mis amigas de pura curiosidad vimos una niña que tenía un polvo así chupando y yo me asusté mucho. Yo le conté a mi mamá y ella me prohibió que volviera por allá. Me dijo que no se me olvidara que la curiosidad mató al gato.

Una vez Rocío terminó estas palabras, me reí al darme cuenta del fuerte legado que tiene de su familia en el uso de dichos populares. Haciendo uso de los mismos: lo que se hereda, no se hurta. Estoy segura que el refrán del gato no se le olvidará, así como muchos otros que habrán caído de pronto a su vida. Yo escuchaba con atención todas las historias de Rocío en su colegio y mi vida echaba atrás como en un túnel. Recordaba con ella. Reiteraba mi sensación de su sonrisa inocente y de lo afortunada que era por la posibilidad de llenar su tiempo de juegos y días de colegio. Los abuelos de Rocío tomaban la siesta mientras hablábamos y los ronquidos de su abuelo ya se escuchaban hasta el comedor. Yo los conocía poco y no sabía que don Gustavo roncaba. Miré a Rocío y ante la evidencia del ronquido no hubo más que reírse. Rocío se ausentó un momento para cerrar la puerta del cuarto donde dormían los abuelos y cuando volvió al comedor traía una grabadora para poner música. Sintonizó a bajo volumen música pop de los ochenta y continuamos nuestra conversación.

Hace dos años todo cambió en la casa de un momento a otro porque mis papás se quedaron sin trabajo. Mi mamá decía que estábamos pasando una mala racha, y yo si creo porque en esos días todo fue diferente. Un día que estábamos comiendo mi mamá nos dijo que la situación estaba muy dura y que si queríamos seguir estudiando nos iba a tocar ayudarnos un poco y apretarnos el cinturón. Les pidió a mis hermanos que se consiguieran un trabajo que pudieran hacer sin dejar el estudio y a mí me dijo que yo iría a ayudarle a su prima Claudia por las tardes después del colegio. Mi papá estuvo de acuerdo con mi mamá y como siempre, la apoyó en todas sus decisiones.

A mí me daba mucha pereza ir a trabajar donde la prima de mi mamá pero yo nunca me atreví a decir nada. Todos teníamos que ayudar para que cambiara la situación en la que estábamos. Al fin de cuentas mis papás no tenían la culpa de lo que pasaba. Había que apoyar a mis papás, así me cayera gorda la prima de mi mamá. Se llama Claudia y es prima segunda de mi mamá. Toda la vida me cayó mal porque es toda estirada y se cree de mejor familia. Como la familia de ella siempre ha tenido más plata que nosotros, Claudia nos mira por encima del hombro. Mi hermano Fredy le hacía chistes a mi mamá de eso, pero ella decía que era exageración y nunca lo aceptó. Yo siempre sentí lo mismo que Fredy y todo lo comprobé cuando trabajé en su casa.

Entré a trabajar donde mi tía Claudia cuando tenía 10 años. Allí duré un año, yendo de lunes a viernes de 2 p.m. a 7 p.m. Salía del colegio directamente para allá. Para irme hasta su casa que quedaba en el Quirigua agarraba una buseta que pasaba por enfrente del colegio. El camino no era ni muy largo ni muy corto, así que varias veces me quedé dormida del cansancio y cuando me despertaba ya me había pasado; me daba mucha rabia tener que bajarme y devolverme en otra buseta. A veces llegaba tarde por quedarme jugando en el colegio o hablando con mis amigas. Lo que pasaba era que me hacía falta tiempo para jugar. Ella se ponía bravísima porque se retrasaba para irse a su trabajo. Yo la encontraba furiosa y empezaba a decirme una cantidad de groserías. Yo odio las groserías y por eso lo que menos me gustaba de ella era que fuera grosera.

Lo que yo tenía que hacer en su casa era cuidar a los dos niños y hacer el oficio. Nunca me ha gustado hacer el oficio. En mi casa me he salvado mucho de eso porque mi abuela me consiente hartito y a escondidas de mi mamá me ayuda. Es que a mí me parece aburrido eso de lavar los platos, limpiar y cocinar.

Donde mi tía me tocó defenderme como pudiera. Como recién empezaba a trabajar, una tarde me pegué un quemón con una paila llena de aceite que me hizo ver estrellas. Me acuerdo y la mano me vuelve a doler. Es que todo eso fue duro para mí. Ahora, pues ya me defiende más en la cocina. En todo caso sigue sin gustarme.

Uno de los niños de mi tía, Andrés, era chiquitico. Tenía tres meses apenas. Había que darle el tetero, sacarle los gases y cambiarle los pañales. Me daba asco hacerle eso. Él era bonito, aunque en realidad no es que me gusten mucho los niños. El otro si me caía mal. Miguel era todo inquieto y desesperante. Me sacaba el mal genio cada nada. Tenía 2 años y todo lo cogía y lo rompía. Había que estar detrás de él. Como Andrés dormía la mayor parte del tiempo, yo ponía a Miguel a que viéramos televisión y así lo mantenía tranquilo un rato. Veíamos los Simpson, Plaza Sésamo y Goku. Otras veces me ponía a molestarlo hasta que se desesperara y se pusiera bravo conmigo. Entonces se encerraba en su cuarto y me dejaba tranquila.

Yo prefería estar sola con los dos niños que con mi tía Claudia y su esposo. Casi siempre alguno de los dos llegaba más temprano del trabajo y yo sufría porque a mí no me gustaba estar ni un ratito con ellos. Es que yo sentía que me miraban mal por ser pobre. Eran todos picados y me humillaban. No me trataban como una familiar de ellos. Todo lo contrario; me trataban como un extraño y cada que podían me regañaban con groserías y todo. Me acuerdo mucho que cuando era festivo traían el almuerzo de afuera. Compraban hamburguesas, papas fritas y helados para todos. A mí se me iban los ojos con todas esas cosas ricas de comer, pero yo no podía probar nada de eso. Compraban solo para ellos y a mí me decían que me fritara un huevo para que comiera con arroz. Yo salía con las tripas revueltas y con

la boca aguada por las ganas de comerme una hamburguesa con papas y un helado, que si se podía de ron con pasas, pues mucho mejor.

Sonó el teléfono y Rocío se levantó rápido a contestar antes de que el ruido enturbiara el sueño de los abuelos. La llamada era para ella. Me pareció que era una grata sorpresa porque eso le devolvió la sonrisa a su cara. La llamada era una buena y oportuna interrupción. Rocío hablaba con su amiga, mientras yo pensaba en lo poco consolador que había sido el trabajo para ella. Me había contado su secreto. Ese secreto que no sabe nadie de su casa. Ese secreto que guardaba para proteger a su madre y su familia, pero con el que se expuso a sí misma a un maltrato callado. Era paradójico enterarme de su secreto. Por más esfuerzos de su madre para mantenerla en un palacio de cristal, Rocío no se pudo salvar de la indolencia de su propia tía. Por fortuna, eso no la despojó de esa sonrisa con la que se despide de su amiga. Se acerca nuevamente a sentarse a la mesa del comedor, y preguntándose a sí misma en qué habíamos quedado en nuestra charla, lo recuerda y sigue hablando.

Ese mismo año que trabajaba donde mi tía Claudia estaba haciendo quinto de primaria. Tuve problemas en el colegio y para final de año me tocó estudiar como una boba para poder pasar el año. Es que lo que pasó fue que me descuidé mucho hasta mitad de año por andar trabajando y recochando con las amigas en las horas de clase. Claro, como no tenía tiempo de ver a mis amigas en las tardes después del colegio, entonces me la pasaba hablando y jugando con ellas en las clases. Mi mamá se puso brava conmigo y me encerró a estudiar con mis hermanos. Nunca se me olvidará el regaño que me pegó y todo lo que me dijo. Me dijo que desde ya tenía que aprender que el estudio era lo más principal, porque si uno

estudia sale adelante y puede realizar sus sueños. Que el estudio era tan importante en la vida, que merecía toda clase de sacrificios de ellos como mis papas y míos también. Me llego a decir que si no fuera por eso, yo no estaría trabajando donde mi tía Claudia. Fueron como tres horas de regaño y varios meses dedicados al estudio sin salir de la casa ni tener fines de semana. Mi papá trató de suavizar los castigos de mi mamá, pero no hubo nada que hacer. Es que mi mamá era más exigente con lo del estudio que mi papá. A mi papá no le importaba tanto que a mí me fuera bien o mal. Pero en últimas, las decisiones siempre las tomaba mi mamá y ante la voz de ella no había nada que valiera. Fueron miles de días dedicados al estudio, hasta que gracias a Dios pasé quinto de primaria.

Entré a primero de bachillerato y dejé de trabajar donde mi tía Claudia. El horario del colegio se me cruzaba con el trabajo, así que mi mamá me dijo que sí había que escoger por una de las dos, ya sabía lo que ella pensaba. Ahí sí le creí de verdad a mi mamá lo que decía del estudio. Yo me puse feliz de no tener que volver a donde mi tía Claudia; me llegó la buena estrella. A mí nunca me había gustado estar allá y siempre me tragué toda la rabia contra ella. Mi familia nunca supo nada de las cosas que yo tuve que pasar en esa casa. Para qué decirles; yo sé que se hubieran molestado por eso y que mi mamá hubiera sufrido mucho.

Menos mal mi salida del trabajo se dio así no más, porque yo estaba muy aburrida y también muy pequeña para trabajar. Además, ahora estoy estudiando y como dice mi mamá, eso es lo más importante para el día de mañana, uno saber cosas y saber hablar. Ya cuando salga del bachillerato y esté grande, entonces ahí sí me pongo a trabajar para pagarme yo sola el estudio. Pero ahora no. Es que, por ejemplo en mi colegio, yo veo a unos niños de mi curso que los papás los mandan

a trabajar porque a ellos les da pereza. Entonces eso es muy malo porque los niños que van a trabajar se juntan con los gamines y a veces empiezan a chupar pegante o a fumar. El otro día vi un programa de televisión donde decían que iban a prohibir el trabajo de los niños y yo después de verlo me quedé pensando que es bueno que lo prohiban porque a uno lo tratan muy mal y uno todavía no puede defenderse solo.

Y era cierto cuando Rocío decía que le había llegado la buena estrella. Rocío corrió con la suerte de que su madre hiciera por ella, lo que ella no se sentía capaz de hacer. Porque, si bien su madre no pudo evitar el maltrato de su prima, sí tuvo el mérito de cortarlo en un momento en que la vida la puso a decidir sobre el futuro de su hija. En la balanza pesó más el estudio que el trabajo, y eso sin saberlo, fue una decisión que protegió a su hija de mayores desencantos y de una amarga sonrisa. Ahora los sueños de Rocío habitan nuevamente un palacio de cristal.

Ahora me doy cuenta que mi mamá ha hecho un esfuerzo muy grande porque nosotros estudiemos. Yo espero responderle y poder seguir estudiando. Igual, en mi familia somos muchos y tenemos algunas necesidades, pero mi mamá insiste en que todos debemos estudiar y en que debemos prepararnos para hacer la carrera que queramos hacer.

Yo quisiera terminar el bachillerato y después entrar a la universidad a estudiar Medicina. Me gusta esa carrera porque uno puede ayudar a las personas y curarlas de las enfermedades. Me gustaría entrar a la Universidad Nacional y ayudarme trabajando en un almacén o algo así. Después cuando sea doctora, trabajar en un Hospital y volverme millonaria para poder darles cosas a mi familia y ayudarle a la gente que está abandonada.

Capítulo V

LA CAMA

VACÍA

Olga Lucía (12 años)



En los tiempos de mi papá, cuando él trabajaba, teníamos un puesto en la plaza de Paloquemao, donde vendíamos maracuyá en bultos y tomate en caja al por mayor. Yo era bien chiquita y me gustaba mucho comer tomate con sal. Un día comí tanto, que me enfermé muy feo del estómago y le cogí fastidio. Ahora no como tomate pero todavía me gusta el jugo de maracuyá. Era chévere cuando mi papá me llevaba a la plaza. A mí me gustaba porque allí veía gente bien diferente y había mucho movimiento. Además como había tantos puestos de verduras, flores y frutas, era muy bonito porque se veían muchos colores y abundancia. Lo que no me gustaba nada era la parte de las carnes porque olía horrible y era muy feo ver esas carnes todas rojas colgadas en los puestos.

Ese puestico lo consiguió mi abuelo cuando era joven y gracias a ese trabajo pudo sostener a su único hijo y hacer unos ahorritos. Además, como el negocio era de mi abuelo, mi papá siempre tuvo trabajo asegurado en ese puesto. De mi abuela se cuenta poco; son contadas las veces que he escuchado de ella. Parece ser que mi abuela se fue de la casa cuando mi papá era un niño. Cuando mi abuelo murió, le dejó a mi papá el negocio y unos cuantos ahorritos que tenía guardados, para que su hijo tuviera algo cuando él faltara. Mi mamá cuenta que mi abuelo era un señor maravilloso. Buena persona y buen papá. Aunque no tengo muchos recuerdos de él porque cuando se murió yo tenía 4 años, me alcanzo a acordar que era un señor bajito y gordo, con cara de bonachón y que se reía siempre.

Mi mamá dice que lo mejor que pudo hacer cuando mi abuelo le dejó todo a mi papá, fue insistirle en que compraran una casa. Ella dice que mientras uno tenga techo propio, el resto es más fácil. Finalmente mi papá le hizo caso y cogió sus ahorros y los del abuelo para comprar una casa. Buscaron en el barrio Santafé por lo que queda cerca de la plaza de

Paloquemao. Allí encontraron una casa muy grande de la que mi mamá se enamoró y fue entonces cuando a ella se le ocurrió que comprar esa casa también podía ser una forma de ganarse la vida. Le propuso a mi papá comprarla y hacer un inquilinato. No sé si mi papá estuvo de acuerdo o no con la idea, pero el caso es que terminó comprando la casa.

Yo me acuerdo del día en que fui a conocerla. Me gustó mucho. Era una casa grande con dos pisos, un patio central, muchas piezas y corredores en baldosa verde y marrón. Al principio me perdía. Es que como yo tenía 4 añitos, pues todo lo veía más grande. Aunque la casa no estaba en buen estado, mi mamá se esmeró en dejarla bien bonita y hasta puso maticas en el patio. Yo me acuerdo que ella la organizó mucho recién llegamos. Después fue que se dañó porque la gente a veces no respeta y no le importa dañar las cosas ajenas. Mi mamá se cansó de arreglar y arreglar, y ya no le importa ver el piso de los corredores todo sucio, o el patio lleno de basura y ladrillos de construcción. Ahora solo se ocupa de las piezas que tenemos nosotros y de las ajenas cuando le pagan por arreglar.

Conocí a Olga Lucía cuando era una niña que corría con sus botas de caucho por toda la plaza de Paloquemao. En ese entonces yo estaba desarrollando un proyecto con las mujeres de la plaza y conocí a todos los que tenían negocios allí. Parte de lo que hoy me cuenta Olga Lucía no es desconocido para mí, aunque ella lo crea así. Olga Lucía era la nieta de don José, un boyacense de pura cepa y bonachón como lo describe su nieta. Olga Lucía era una niña muy linda de hermosos rizos negros y largos. Siempre me llamó la atención la belleza y brillo de su cabello. Ella no frecuentaba corrientemente la plaza como otros niños y niñas, así que no fue mucho el tiempo que compartí con ella. Años después pasaba por el barrio Santafé y ella me reconoció a lo lejos. Me llamó por mi



nombre y cuando la ví, recordé ese pelo inconfundible de Olga Lucía. Desde ese encuentro me dí cuenta que a Olga Lucía le gusta compartir con mujeres. Padece de un vacío profundo.

Cuando empezaron a llegar personas a vivir en la casa, mi mamá se puso feliz de que el negocio funcionara. Todo marchaba bien y mi mamá se ganaba una plata. Como yo era chiquita, pues no me daba cuenta de lo que pasaba y no me importaba que estuviera allí gente extraña. Todos esos hombres que pasaron por la casa aparecían y desaparecían como por arte de magia y yo no me acuerdo de muchos.

Mi mamá siempre ha recibido hombres en el inquilinato. Dice que los hombres son menos complicados que las mujeres y que como son más perezosos y desordenados, la contratan para que les haga el aseo en la pieza o les lave la ropa. Una vez llegó una mujer. No sé por qué la recibió mi mamá, pero Tania fue la primera mujer que vivió en esa casa. Me acuerdo mucho de Tania, ella me leía cuentos y me daba regalitos. Tania fue muy especial conmigo y me quiso mucho. Con ella pasé los momentos más bonitos de cuando era chiquita. Ella me sacaba hartito de paseo y compartíamos mucho tiempo. Hasta me enseñó a leer y a escribir. A mí me dio mucha lastima cuando ella se fue y lloré mucho. Ella se fue a Medellín a buscar a su hermana. Durante un tiempo me escribió muchas cartas, pero después no volvió a aparecer.

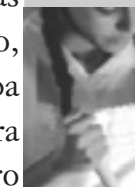
Cuando crecí no me gustó tener gente en la casa. Es que uno crece y ya los hombres no lo miran a uno igual. A mí eso me aburrió con los hombres que viven en la casa, entonces me encerraba en la pieza para que no me viera nadie. Cuando tenía 10 años me pasó una cosa horrible. Un día estaba sentada en la sala y llegó uno de los inquilinos de la casa. Se me acercó y me dio un beso en la boca. Yo no entendí muy bien qué pasó, pero a mí me dio miedo y salí corriendo. Me choqué con mi mamá en el corredor y ella pegó un grito

de susto al verme pasar a toda velocidad. Yo nunca volví a estar tranquila en mi casa con ese señor viviendo ahí.

Apenas llegamos a vivir en la casa mi mamá quedó embarazada. Cuando me enteré, me puse feliz con la idea de tener una hermanita. Después nació Carlitos y aunque duré molesta un tiempo por no tener a la hermanita que quería tener, le cogí cariño con el tiempo. Es que los bebés son tan pequeñitos que cómo no sentir ternura. Como yo tenía 5 años había cosas que no podíamos jugar, pero en todo caso yo me entretenía hartito con él. Era como mi muñequito de verdad. Siempre nos hemos querido mucho y nos hemos llevado bien. Es que mi hermanito es todo lindo y noble. Como cuenta mi mamá que era antes mi papá.

El día en que Carlitos cumplió 2 años mi mamá hizo espaguetis con pollo y almorzamos en la casa. En la tarde apareció un señor tocando la puerta y buscando a mi papá. Mi papá habló con él, le recibió una carta y fue y se encerró en la pieza. Después fue que me enteré que ese señor era un hermano desconocido de mi papá, a quien mi abuela había encargado que le llevara la noticia de que se había muerto. Después de toda una vida sin saber de su mamá, mi papá recibe una carta de ella y además se entera de que se murió. Yo creo que si mi abuela hubiera sabido el mal que hacía con su carta, nunca la hubiera escrito. Yo no sé qué pasó, pero con esa carta y la noticia de que la abuela se había muerto mi papá se deprimió mucho y le dio por tomar trago. Ahí fue que todo se dañó en la casa.

Después de eso mi papá no quiso sino gastarse la plata, irse a viajar y volverse mujeriego porque nos pasaba a las mujeres por la cara. Mi mamá, pues como lo quería tanto, lloraba cuando no llegaba a la casa o cuando se enteraba de que estaba andando con una vieja. Yo no sabía qué era mejor, porque cuando no estaba, mi mamá lloraba, pero



cuando llegaba, siempre venía borracho y hacía locuras. Mi mamá no hacía más que reclamarle y como lloraba y sufría tanto, mi papá se desesperaba y se alejaba más. Después dejó de trabajar y vendió el puesto en Paloquemao sin decirle nada a mi mamá. Mi papá se dedicó a vivir acostado escuchando radio, salir de la casa a jugar partidos de fútbol y salir de fiesta a emborracharse. Mi mamá se puso furiosa por todo lo que había hecho mi papá y con lo de la venta del puesto, hasta se pegaron y todo. Después de eso mi mamá se dio cuenta que no había nada qué hacer con mi papá porque ya no le importaba nada y entonces fue cuando se separaron. Yo tenía 9 años y Carlitos tenía 4.

Como la casa la había comprado mi papá y había hartas piezas, alegó que no se iba a ir de su casa y a mi mamá le tocó darle un cuarto del primer piso. Al principio se agarraban todo el día, pero ya por la costumbre se soportan más. Lo malo de que mi papá siguiera en la casa es que nos tocó seguir aguantando sus borracheras.

Cuando mi papá llega borracho a la casa a mí me empiezan los dolores de cabeza y de estómago, y a mi mamá lo mismo. Las pocas veces que no está borracho es muy respetuoso y nos trata bien y todo. Pero borracho llega a dañar todo y se lleva por encima lo que se encuentra en el camino. Otras veces comienza a cantar en la cancha que queda al frente de la casa una canción vieja toda despechada de un tal Julio Jaramillo que se llama “La cama vacía” y hace un escándalo de canciones y borrachera que a mí me da vergüenza. A veces también le da por gritar y ofender a todo el mundo, entonces mi mamá dice que no entiende por qué nos compromete en todo eso. Es que la gente del barrio comenta las cosas y uno se siente incómodo. Además como aquí vive mucha gente, pues todo se sabe rapidito. Muchos de los que vivieron en la casa se fueron por los espectáculos de mi papá.

Yo me siento muy mal por todo lo que ha tenido que vivir Carlitos. A él le tocó toda la época mala de mi papá y tiene una imagen muy fea de él. Desde chiquito no le ha gustado estar con mi papá. Es que yo lo entiendo porque cómo le va a gustar a un niño estar con un señor que se mantiene borracho. Cuando Carlitos era chiquito traté de cuidarlo y de que no se diera cuenta, pero era difícil encubrir a mi papá cuando él se había dejado tanto. Es que hace tiempo que ni siquiera se viste con ropa decente y limpia. A mi me da pena decirlo, es mi papá y todo, pero yo lo digo porque a uno le duele verlo así.

Olga Lucía relata los acontecimientos que sucedieron en el inquilinato de su casa y yo me pregunto con obstinación, cómo es posible que su madre haya expuesto a sus hijos a tantos peligros. La presencia de los hombres en la infancia de Olga Lucía, junto al penoso alcoholismo de su padre, tiñeron de tinte amargo su casa. El silencio también es una forma de permitir la violencia. Imagino a la madre de Olga Lucía como una figura externa, ajena y ausente. Su mutismo no solo ha permitido que la presencia de su marido alcohólico dañe su propia vida, sino que también dañe la vida a sus propios hijos. Creo que lo único que ha sido realmente alegre en la vida de Olga Lucía es la existencia de su hermano Carlos; ese hermano que asume como hijo propio.

A mi me da tristeza porque mi papá todavía tiene una vida por delante. Él apenas tiene 41 años, es joven y a mí me parece que él podría aprovechar su tiempo. No sé qué es lo que hace acostado cuando debería estar trabajando y apoyándonos en lo que mi mamá, Carlitos y yo necesitamos. Él dice que no trabaja porque él nos ha mantenido durante muchos años, que ya nos dejó una casa y que no trabaja más para nosotros. Ni siquiera para él, porque si mi mamá



no le envía el almuerzo, no come. Mi mamá le manda almuerzo porque dice que le da pesar que él esté encerrado en una pieza en cuatro paredes, deprimido, sin hacer nada, todos los días acostado, escuchando radio porque no tiene televisión. A mí me da rabia con mi mamá que le alcahuetee esa vida, después de todo lo que nos hizo. No entiendo por qué mi mamá aguanta todo eso. A mí me da rabia que le tenga consideración, porque para jugar sus partidos y llegar tomado, ahí si mi papá no tiene ningún problema en levantarse.

Como mi papá dejó de trabajar entonces la plata que entraba era solo lo que se ganaba mi mamá con el inquilinato. A veces hacía el oficio en las piezas o iba a trabajar a una casa, pero eso no era fijo sino que la llamaban cuando la necesitaban. Menos mal nos pudimos bandear más o menos con lo que nos pagaba la gente que vivía en la casa, aunque sí hubo días en que no había para comer y yo me preocupaba mucho por Carlitos. A mí me daba mucho pesar ver que Carlitos pasara necesidades y yo creo que por eso decidí empezar a trabajar haciendo aseo en las piezas.

Un día llegó la segunda mujer que ha vivido en la casa. Ana trabajaba de mesera en una cafetería del centro de la ciudad. No fuimos tan amigas como con Tania, pero a veces hablábamos de cosas. Como yo nunca he hablado mucho con mi mamá, a mí me gustaba estar con otras mujeres para compartir. Un día me comentó que sabía de alguien que buscaba una muchacha que le trabajara como interna y que si yo no había pensado en tener un trabajo fijo para ayudarle a mi mamá y a mi hermanito. A mí nunca se me había ocurrido eso, pero cuando Ana me lo dijo, yo me puse a pensar que en realidad, yo era una muchacha grande que tenía 13 años y que podía ganarme una plata para la casa. Además, yo estaba realmente cansada de vivir con mi papá

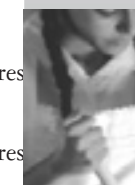
y aunque me dolía mucho dejar a mi hermanito solo con mi mamá, era una forma de escapar de eso que tanto dolor me daba.

Escuchaba atenta a Olga Lucía y pensaba en cual sería el motivo que más pesó en esa balanza que sentenció la despedida de su casa: si la necesidad económica o la violencia de su padre. En todo caso, percibo que la decisión responde más a lo segundo. La violencia, una vez más y como siempre, sólo generó dolor estéril. Un dolor que la arrojó a la vida adulta en busca de mejores oportunidades para su hermano. Las oportunidades de su propia vida, ya le han sido negadas hace tiempo.

Ana me consiguió la entrevista con la señora Dora y empecé a trabajar con ella. Ella me empezó pagando \$80.000¹ al mes pero cuando cumplí el año me aumentó a \$90.000². Yo siento que está bien el sueldo que me da. Solamente he trabajado esta sola vez y llevo un año y medio trabajando. Estoy toda la semana en la casa de ella y salgo los fines de semana a visitar a mi mamá y a mi hermanito porque la señora Dora me da permiso. Me quedo en la casa a dormir de sábado a domingo, aunque a veces, cuando me doy cuenta de que mi papá va a llegar borracho, me voy. Lo que más me gusta de irme los fines de semana para la casa es poder ver a mi hermanito y estar con él. Ahora que voy de visita, entro a mi pieza y la siento toda rara. Se nota que ya no vivo ahí y a mí me da impresión ver la cama vacía; como dice el título de la canción de mi papá. En todo caso mi mamá siempre se empeñó en que yo siguiera teniendo mi pieza.

¹ Para el momento de la publicación de este libro, la cifra equivale a 26 dólares aproximadamente.

² Para el momento de la publicación de este libro, la cifra equivale a 30 dólares aproximadamente.



Yo creo que se sentiría mal de arrendarla; yo le he dicho pero me dice que no. Igual es una pieza muy cerca de la de ella, entonces no creo que le guste tener a un extraño tan cerca de su pieza.

Recién me fui a la casa de la señora Dora me costó un poquito acostumbrarme. No sé por qué, pero después de todo lo que había querido salir de mi casa, me sentía extraña durmiendo en otro lugar. Las primeras noches fueron lo peor. Me sentía sola y debajo de la almohada lloraba. No me acostumbraba al colchón ni a nada, y aunque tenía una pieza para mi sola, no me terminaba de acomodar. Me hacía falta mi hermanito y me ponía muy triste los domingos cuando me tenía que despedir de él y esperar hasta la otra semana para verlo. Ya cuando pasó el tiempo le cogí confianza a la señora Dora y a sus hijos y me fui sintiendo mejor en su casa. Ahora que llevo un buen tiempo allá, me siento muy bien de estar trabajando para ella.

La señora Dora tiene tres hijos. La mayor es la señora Claudia que ya vive aparte con su esposo y su hija. Los otros dos son Susana que tiene 11 años y Eduardo que tiene 16. Susana y Eduardo son buena gente. Ellos estudian en el colegio, así que salen bien temprano y regresan a las 4 de la tarde. Eduardo es callado y casi no hablo con él. Susana si es más chévere conmigo. Cuando ella no tiene tareas y yo tengo tiempo, jugamos con sus juguetes porque tiene muchas muñecas y su pieza es toda bonita. La señora Dora es contadora y trabaja en la casa, así que permanece allí. Por las mañanas es cuando sale a hacer sus vueltas pero de resto está en la casa.

El esposo de la señora Dora trabaja en Calí y viene a veces a visitarlos. A mí me cae bien ese señor porque aunque no está todo el tiempo por lo que vive fuera, está muy pendiente de su familia y de lo que necesitan. Yo me llevo bien con toda la familia de la señora Dora porque como son cristianos,

yo siento que son personas buenas. A mí siempre me han tratado bien y me han respetado. Cuando hacen reuniones de su religión me invitan y yo asisto, pero yo no soy de eso.

Mi trabajo es ayudarle a la señora Dora en la cocina y hacer el aseo general de la casa. La casa de la señora Dora es grande: tiene tres piezas y dos baños aparte de mi pieza y el baño que yo uso. Yo me levanto todos los días a las 6 a.m. y lo primero que hago es levantar a Susana y a Eduardo para que se vayan al colegio, les hago el desayuno y después, cuando la señora Dora se levanta le doy el desayuno a ella. Ya cuando tiendo camas y salgo de los desayunos, dejo haciendo el almuerzo y me pongo en el oficio que haya que hacer como limpiar el polvo, aspirar, limpiar tapetes y sillones, lavar los baños, lavar la ropa, planchar, limpiar la estufa, barrer o trapear la cocina. Como yo sabía hacer el oficio y cocinar, no fue difícil acostumbrarse por ese lado. Lo malo es que tiene tapetes claritos y cuando me toca limpiarlos yo briego harto. A veces la señora Claudia me pide que le cuide a la niña, entonces se la cuido y juego con ella. Termino el oficio como a las 8:00 p.m. después de darles la comida y luego me pongo a escuchar radio o a ver televisión con la señora Dora, Susana y Eduardo. Ya a las 9 o 10 me acuesto en mi pieza. Mi pieza es pequeña. Apenas cabe una cama sencilla, una mesa de noche donde tengo un radio que compré con el primer sueldo y un chifonier donde tengo mi ropa. También tengo un baño para mí sola. Lo malo es que no tiene agua caliente como los otros baños de la casa, pero igual, yo toda la vida me he bañado con agua fría.

Las palabras de Olga Lucía se quedaron atrapadas en un presente quieto y estático. Su vida quedó reducida a trabajar de interna en una casa de familia y con el tiempo extravió por completo los sueños que pudo tener para su propia vida. Entre la ausencia de su madre y



la ausencia de su padre se dibujó una tercera ausencia: la ausencia del futuro y el sueño. Quisiera que además de ser una buena trabajadora doméstica, Olga Lucía recuperara la ilusión y encontrara todo eso que extravió en su camino.

A mí me gusta trabajar de interna con la señora Dora porque como son cristianos me tratan bien y me aprecian. Nunca me han tratado mal ni me han gritado. Además uno tiene la comida segura y no se gasta plata en transporte de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Desde que a uno lo respeten de interna, uno está bien. Lo que más me duele de estar allá, es comer y ver que la comida sobra cuando yo sé que en mi casa mi hermanito y mi mamá que casi no tiene trabajo, a lo mejor no pudieron comer esa noche. Cuando pienso en eso me dan ganas de llorar. Lo que más me gusta es poder ganar plata para ayudar a mi hermanito. El año pasado lo metí a una escuela y con lo que me gano le pago la matrícula, los cuadernos y el uniforme. También le doy una plata a mi mamá para que gaste en comida, pero ella me dice que no le alcanza. A mí me da pesar no poderle dar más, pero yo prefiero gastarme la plata en el estudio de Carlitos. Es que yo nunca tuve la oportunidad de estudiar en una escuela, entonces yo pienso que yo sí debo apoyar a mi hermanito en eso, porque yo sé que el estudio es importante si se quiere progresar y defenderse. A mí me queda muy difícil estudiar trabajando interna, pero ahora me estoy animando a hacer la primaria por radio. A ver si así le puedo ayudar a Carlitos con las tareas.

¿Mi vida en unos cuantos años? Pues yo creo que seguir trabajando de interna y ayudarle a mi hermanito a que sea preparado y se gane mucha plata para que me mantenga y así yo deje de trabajar en esto. Es que, aunque me gusta mi trabajo y tengo una buena patrona, yo sí quisiera dejar este oficio algún día.



Capítulo VI

FUERA DE

LUGAR

Carlos (9 años)



la ausencia de su padre se dibujó una tercera ausencia: la ausencia del futuro y el sueño. Quisiera que además de ser una buena trabajadora doméstica, Olga Lucía recuperara la ilusión y encontrara todo eso que extravió en su camino.

A mí me gusta trabajar de interna con la señora Dora porque como son cristianos me tratan bien y me aprecian. Nunca me han tratado mal ni me han gritado. Además uno tiene la comida segura y no se gasta plata en transporte de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Desde que a uno lo respeten de interna, uno está bien. Lo que más me duele de estar allá, es comer y ver que la comida sobra cuando yo sé que en mi casa mi hermanito y mi mamá que casi no tiene trabajo, a lo mejor no pudieron comer esa noche. Cuando pienso en eso me dan ganas de llorar. Lo que más me gusta es poder ganar plata para ayudar a mi hermanito. El año pasado lo metí a una escuela y con lo que me gano le pago la matrícula, los cuadernos y el uniforme. También le doy una plata a mi mamá para que gaste en comida, pero ella me dice que no le alcanza. A mí me da pesar no poderle dar más, pero yo prefiero gastarme la plata en el estudio de Carlitos. Es que yo nunca tuve la oportunidad de estudiar en una escuela, entonces yo pienso que yo sí debo apoyar a mi hermanito en eso, porque yo sé que el estudio es importante si se quiere progresar y defenderse. A mí me queda muy difícil estudiar trabajando interna, pero ahora me estoy animando a hacer la primaria por radio. A ver si así le puedo ayudar a Carlitos con las tareas.

¿Mi vida en unos cuantos años? Pues yo creo que seguir trabajando de interna y ayudarle a mi hermanito a que sea preparado y se gane mucha plata para que me mantenga y así yo deje de trabajar en esto. Es que, aunque me gusta mi trabajo y tengo una buena patrona, yo sí quisiera dejar este oficio algún día.



Capítulo VI

FUERA DE

LUGAR

Carlos (9 años)



Yo me conozco todo mi barrio porque lo he recorrido enteritico haciendo mandados. En el barrio donde yo vivo hay muchos inquilinatos, o sea, casas donde vive mucha gente. Hay unos donde venden comida y todo, como en el inquilinato de doña Gloria. Ella vende unas tortas de pan muy ricas, entonces a veces yo voy a visitarla y si le hago un mandado me regala un pedazo de torta de pan. A mí me gustan mucho porque llenan hartito. Mi mamá también tiene un inquilinato como doña Gloria porque la casa donde vivimos es bien grande. Hay 8 piezas aparte de la de mi hermana, la de mi papá que está en el primer piso y la de mi mamá, que ahí dormimos los dos. Es que a mí me da miedo dormir solo, entonces yo siempre duermo con mi mamá o con mi hermana.

A mí me gusta mi casa porque llegan señores a vivir y uno siempre conoce gente distinta. Ahora están ocupadas 6 piezas donde viven don Alirio, don Eliécer, don Felix, don Javier, don Roberto y don Álvaro. Yo me la paso con don Alirio y don Eliécer porque ellos son buenos conmigo. Ellos me enseñan cosas y también me ayudan. Don Eliécer es costeño y es aficionado al fútbol. Creo que un tiempo fue técnico de un equipo, entonces a mí me enseña hartito de todo ese deporte. Además que don Eliécer pertenece a las barras bravas del Unión Magdalena. Yo no sé muy bien por qué se llaman barras bravas, pero él me ha dicho que así se llaman porque van al estadio a apoyar a su equipo. Yo creo que a don Eliécer le hubiera gustado ser un jugador de fútbol profesional porque sabe mucho de eso. Hasta tiene películas de fútbol y todo. Es que en la pieza tiene un televisor de los últimos que salieron, un aparato de esos para ver las películas y muchos cassettes de partidos de todas partes del mundo. También tiene un afiche grandote de un futbolista de hace tiempo. El Pibe Valderrama, un señor con el pelo

todo amarillo como un payaso. Más chévere!! Don Eliécer me ha mostrado películas de la Selección Colombia donde estaba el Pibe y él se pone todo contento de ver a su jugador favorito. Es que uno entiende que le guste porque era muy bueno. ¡De pronto hasta el mejor de toda Colombia!. Pero a mí el que más me gusta es el Julián Vásquez, el goleador del América. Ese sí es un duro!. Con don Eliécer salgo a jugar fútbol los fines de semana. A mí también me gusta mucho. Yo si quiero ser un jugador de fútbol profesional cuando sea grande. Es que don Eliécer me cuenta que los jugadores de fútbol se ganan mucha plata entonces yo quisiera jugar en un equipo de nombre y volverme millonario para mantener a mi hermana y a mi mamá.

Uno de los tantos días en que me encontré con Olga Lucía caminando por la calle, la vi acompañada y cogida de la mano de un niño de baja estatura, moreno y de redondas mejillas. Era su hermano Carlos; el niño del que tantas veces me había hablado. Su pelo negro y rizado era tan bonito como el de su hermana, aunque Carlos lo llevaba corto. Nunca olvidé el rostro de Carlos; su mirada y su expresión quedaron fijas en mi mente. Meses después caminaba nuevamente por el barrio Santafé y a lo lejos divisé a Carlos cargando una gran bolsa de fique con muchos trastos que arrastraba con dificultad. Me dirigí hacia él y lo saludé. Sorpresivamente, él también se acordaba de mí, pero me dijo con pena, que por favor le repitiera mi nombre que se le había olvidado. Le pregunté que si tenía unos cuantos minutos para que fuéramos a tomarnos una gaseosa y aunque en un principio lo dudó, logré convencerlo de pasar un rato conmigo. Carlos escogió la cafetería y en una mesa que daba a la calle, nos pusimos a charlar. Empecé hablando yo, contándole de cómo había conocido a su hermana



cuando era más pequeña que él. Él sonrió de imaginar a su hermana correteando por la plaza en la que trabajaba su papá y en un gesto de complicidad por conocer la infancia de su hermana, decidió contarme su historia.

Yo quiero mucho a mi hermana. Ella siempre me cuida y me consiente. Mi hermana es grande porque tiene 14 años. Ella trabaja lo mismo que mi mamá pero la diferencia es que ella se queda a dormir allá. Recién se fue yo tenía 8 años y a mi me puso triste que se fuera. No quería quedarme solo con mi mamá. Mi hermana me dice que ella está trabajando en esa casa por el bien de los dos. Que ella viviendo allá puede ayudarme más y conseguir plata. Pues a la final, yo si creo que a ella le sirve trabajar porque se gana una plata y así consigue lo que necesita. También le da plata a mi mamá o le hace mercados. A mí me da juguetes y ropa. Para mi cumpleaños del año pasado me regaló esta camiseta de los power rangers. Es mi preferida y casi ni pa'dormir me la quito. El otro día mi hermana me prometió que si paso el año en el colegio me regala un balón de fútbol de verdad!. Yo estoy todo pilo a ver si me lo gano. Es que ahora me toca entrenar con el de don Eliécer, entonces sería muy bueno tener mi balón propio. Como mi hermana sabe que yo quiero ser futbolista ella me apoya. Es que Olga es muy buena conmigo y por eso yo la quiero mucho. Para mí es muy importante mi hermana y aunque viene a visitarme todos los fines de semana, no termino de acostumbrarme a que ella no esté todo el tiempo en la casa como antes.

Mi mamá es bajita y gordita. Tiene la piel morena como yo. Cuando yo era bebé ella me consintió mucho, pero después que aprendí a caminar ella se volvió de mal genio, entonces ahora me regaña y me pega si no le hago caso. Ella se volvió así después de que pasaron todos los problemas con mi papá. Yo creo que todo eso la amargó.

Además ella no puede estar conmigo porque se mantiene ocupada. Mi mamá trabaja en una casa haciendo oficio pero no va todos los días. A veces la llaman y a veces no. También les limpia la pieza a los señores que viven aquí y les lava la ropa.

Mi papá vive en una pieza del primer piso y casi no lo veo. Antes vivía con nosotros pero como peliaba tanto con mi mamá se pasó a vivir abajo. Yo le tengo miedo a mi papá y por eso siempre me escondo cuando lo veo en los corredores de la casa. Cuando él vivía con nosotros, llegaba de noche y yo salía corriendo a la pieza de mi hermana y llegaba asustado a meterme en su cama. Es que a veces él llegaba de muy mal genio y borracho, entonces peleaba con mi mamá y empezaban los gritos. A mi hermana y a mí también nos gritaba y a veces hasta nos pegaba. Del susto me orinaba en la cama de mi hermana, pero ella me entendía y no me regañaba. Cuando yo hacía algo malo, mi papá me perseguía por toda la casa hasta que me cogía y me daba una muenda con la correa. A mi no me gustaba eso de mi papá. Mi hermana me dice que es que a mi papá le dio una enfermedad que lo puso muy mal de la cabeza, pero que antes no era así. Yo si creo que se debió enfermar de la cabeza porque hace unas cosas muy raras. A veces se pone a gritar y a cantar como un loco. La enfermedad también le daña el cuerpo porque hay unos días en que amanece muy mal y yo me doy cuenta que ni se come lo que le lleva mi mamá. Yo creo que también toma mucho, porque yo paso enfrente de su pieza y me huele a trago. Lo bueno es que como ya no le importa nada de nosotros, pues ya no me regaña ni me persigue. Él vive en otro mundo y yo veo que hace locuras, pero por lo menos ya no se mete conmigo. Antes tenía trabajo pero hace tiempo no trabaja. Yo creo que lo que pasa es que no le sale trabajo porque está muy viejo y enfermo, entonces nadie lo contrata. ¡Da hasta pesar con el viejo!.



Como mi mamá no tiene trabajo fijo, cuando no hay inquilinos no alcanza la plata en la casa. Ahora por ejemplo si hay inquilinos, pero tres no tienen plata y no le han podido pagar a mi mamá. Dos de ellos ya le deben más de 3 meses. Mi mamá se pone brava con ellos, pero como dice ella, tampoco los puede echar. Además que como mi papá a cada rato le pide plata a mi mamá, a ella le toca darle o sino se mete en un problema. Mi mamá no le cuenta eso a mi hermana porque dice que Olga no entiende que hay que ayudar a mi papá porque está enfermo. Yo creo que Olga ya empieza a sospechar que mi mamá le pasa plata a mi papá, entonces como a ella no le gusta eso, ahora nos hace mercado en vez de dejar plata. Es que ella como que le da mucha rabia con mi papá.

Carlos se tomaba una gaseosa y comía con ansias un roscón con bocadoillo, mientras me contaba de su amor por el fútbol y de las imágenes que en su mente se recrean al pensar en su familia. Carlos no nota su carencia y ya no extraña la presencia de sus padres. Lamenta con extrañeza el cambio de su madre cuando creció y agradece al mismo tiempo la ausencia de un padre que en tiempo atrás lo maltrató y que ya no pertenece a su mundo. Sus padres lo ignoraron y a cambio de ello Olga Lucía tomó entre sus manos la responsabilidad de brindarle a su hermano afecto, cariño y comprensión. ¿Qué hubiera sido de Carlos sin el apoyo de su hermana?. Yo me pongo a pensar que, en medio de todo, Carlos tuvo suerte de tener a Olga Lucía cerca de su corazón y de poder así construir un fuerte vínculo de amor que reconcilié su mundo. En todo caso, Olga Lucía sigue siendo una niña que por su condición, no puede asegurar todo eso que intenta atrapar entre sus manos para la vida de su hermano.

Yo hago mandados hace mucho tiempo. Desde que tengo 4 años hago mandados. Los que viven en la casa me piden que vaya a la tienda y les compre alguna cosa, que vaya por algo a la droguería, o que les compre cigarrillos. También le hago mandados a mi mamá y a doña Gloria. Claro que los que le hago a mi mamá son gratis, pero igual hago muchos mandados. Ayer hice mandados, uno por la tarde y uno por la noche. No me dieron nada, pero a veces me dan caldo y algunas veces me dan plata. Me dan una moneda de \$200 o de \$100. Lo que más me han dado por un mandado es \$2000, \$1000 o \$500¹. Doña Gloria siempre me da tortas de pan y a mí me gusta. Con lo que me gano me gasto chitos y gaseosa o ahorro para comprarme lo del fútbol. Ya tengo la mitad de la plata para comprarme unos guayos. El otro día que pasaba por una tienda de deportes vi unos todos bonitos negros con rayas rojas. Más chéveres!

En una época vivió en la casa un señor que se llamaba don Carlos. El llevaba una guitarra porque tocaba y cantaba. Siempre llevaba un poco de monedas porque cantaba en los buses. Él no tenía esposa, solo tenía una niña que tenía 3 años. Como yo tenía 8 años y ya sabía hacer oficio y cocinar, me pidió que le cuidara la niña mientras se iba a trabajar. Yo la cuidaba todo el día de 7 de la mañana a 8 de la noche. Yo la bañaba. A veces él le dejaba coladas y a veces no. Yo le preparaba el tetero, y la alimentación se la dábamos nosotros porque él no le dejaba nada. Cuando se dormía la niña a veces se orinaba y don Carlos dejaba \$200 para el pañal creyendo que con eso alcanzaba. Nosotros le decíamos que con lo que dejaba no alcanzaba para comprar el pañal y un plátano para hacerle una colada, pero él decía que no tenía plata y que por la noche a uno le pagaba. Eso era mentira porque llegaba por la noche y a uno no le pagaba.

¹ Para el momento de publicación de este libro, las cifras mencionadas equivalen a menos de 1 dólar.



Yo le trabajé cuatro meses y casi nunca me pagó, me daba los \$200 del pañal y de vez en cuando para la colada. El se iba a trabajar y a veces no venía a la casa y la niña se quedaba durmiendo conmigo en la pieza. Yo le cobraba horas extras, pero él nunca me pagó nada, o sea que no le importaba la niña. De la mamá de la niña, pues a mi no me gusta comentar ese problema, pero dijeron que ella había estado en la cárcel y que había salido. Entonces durante todo este tiempo que salió de la cárcel ella venía a visitar a la niña y se la llevaba unos días. A don Carlos le daba la misma cosa si se la llevaba o no. Pues yo creo que don Carlos si quería mucho a esa niña, pero lo que pasaba era que no le daba lo que ella necesitaba. A mí me daba hasta tristeza con esa niña.

Un buen día don Carlos se fue de la casa y se fue debiéndome casi toda la plata, a veces, me pagaba a \$2.000 el día, pero a veces no me pagaba. A mi mamá le quedó debiendo \$360.000¹ de arriendo; lo de los 4 meses que vivió aquí. Cuando mi mamá le reclamó formó un problema y no nos pagó. En todo caso yo creo que él vendrá algún día y me va a pagar. Olga se enfureció con todo lo que nos hizo ese señor y me dijo que ella iba a buscar la forma para que yo no tuviera que trabajar nunca más. Al ratico fue que se fue de la casa.

Carlos relata su vida laboral y en su cara se dibuja cierta desesperanza. En todo caso, él sigue convencido de que algún día vendrá el cantador de los buses a pagarle su trabajo. La inocencia de Carlos delata una vez más, lo pequeño que es para estar desempeñándose en ese tipo de labores y lo cruel que puede ser el mundo al abusar de su trabajo. Algunos argumentan que el trabajo infantil subsana necesidades económicas. Pero en Carlos, como en muchos otros casos así, es evidente la farsa y la mentira.

¹ Para la fecha de publicación de este libro, la cifra equivale a 120 dólares aproximadamente.

Hace seis meses empecé a trabajar con don Alirio. Él vive en la casa hace un año; es de los inquilinos que lleva más tiempo. Don Alirio es un señor muy trabajador y ha logrado superarse mucho desde que llegó a la casa. Yo gano diario como \$2.000 con don Alirio. Yo le vendo la chatarra a él, recojo latas y cosas de aluminio y por toda la chatarra que consigo él me paga plata. Cuando también le hago los oficios y mandados me da el almuerzo. Ahora que don Alirio se compró un local aquí a dos cuadras estamos levantando una placa para otro piso y a mí me ha parecido chévere aprender a construir. A mí me gusta trabajar y construir y también me ha gustado trabajar con don Alirio. Mi hermana no sabe que estoy trabajando con él. Yo no le he contado porque como ella no quiere que yo trabaje, entonces se pone brava. Olga me dice que yo me debo dedicar a estudiar y yo le veo razón porque es importante. Lo que pasa es que a mí también me parece bueno trabajar con don Alirio porque me gano plata para comprarme lo que necesito.

Mis mayores necesidades son ropa, guayos, canilleras y medias para el fútbol. Es que ahora que entré al equipo del colegio me toca tener para el otro año todas esas cosas. Lo primero que me tengo que comprar son los guayos y el uniforme. Después de comprarme lo del fútbol me gustaría comprar ropa y tenis.

En la escuela estoy en fin de año. En dos meses termino primero de primaria. En el colegio no tengo problemas porque de noche hago las tareas, entonces me va bien. Cuando no entiendo algo, le pido ayuda a don Eliécer que es bueno con las matemáticas. Yo estoy contento de ir al colegio porque a mí me gusta. Hay muchos niños a los que les gusta el fútbol y jugamos en los recreos. Casi todos los niños de mi salón son chéveres. También hay unos tontos, pero uno hace el intento de aguantárselos. A veces



me pongo de mal genio porque me molestan y me dicen cara'e mogolla. Me da rabia que me digan así y que anden inventando apodos. Yo peleo cuando me la buscan. Y si me dicen cara'e mogolla yo no me aguanto y me dan ganas de pelear.

Yo voy a estudiar hasta donde pueda para aprovechar la oportunidad que me dio Olga al pagarme el colegio. Después del bachillerato quiero ser un futbolista profesional como el goleador del América y volverme millonario para tener como una reina a mi hermana. Es que ella se lo merece después de todo lo que ha hecho por mí.

Carlos y yo salimos de la cafetería. Él recoge nuevamente la bolsa de fique donde lleva su chatarra y se va arrastrándola por las aceras. Yo camino hacia otra dirección con sus palabras frescas en mi cabeza y pienso que a pesar de que su vida no ha sido fácil, está forjando con dificultad el camino que le permitirá cumplir sus sueños, ser un gran futbolista y no estar en fuera de lugar.

Capítulo VII

TERCIOPELO

NEGRO

Janeth (16 años)



me pongo de mal genio porque me molestan y me dicen cara'e mogolla. Me da rabia que me digan así y que anden inventando apodos. Yo peleo cuando me la buscan. Y si me dicen cara'e mogolla yo no me aguanto y me dan ganas de pelear.

Yo voy a estudiar hasta donde pueda para aprovechar la oportunidad que me dio Olga al pagarme el colegio. Después del bachillerato quiero ser un futbolista profesional como el goleador del América y volverme millonario para tener como una reina a mi hermana. Es que ella se lo merece después de todo lo que ha hecho por mí.

Carlos y yo salimos de la cafetería. Él recoge nuevamente la bolsa de fique donde lleva su chatarra y se va arrastrándola por las aceras. Yo camino hacia otra dirección con sus palabras frescas en mi cabeza y pienso que a pesar de que su vida no ha sido fácil, está forjando con dificultad el camino que le permitirá cumplir sus sueños, ser un gran futbolista y no estar en fuera de lugar.

Capítulo VII

TERCIOPELO

NEGRO

Janeth (16 años)



Casi no tengo recuerdos de cuando era chiquita. Yo creo que todos se me borraron. Recuerdo algunas cosas, pero son pequeños momentos recortados y alguna que otra sensación que se cruza por mi cabeza. De bien chiquita me acuerdo de la plaza de Juní porque mi mamá me llevaba todos los domingos. Esa plaza tenía unos árboles grandotes muy bonitos y también tenía muchos bancos para sentarse a ver pasar la gente. Al lado de donde mi mamá ponía su puesto de comida llegaban muchos señores que vendían algodón de azúcar rosado. Me acuerdo mucho del algodón de azúcar porque todavía me parece magia. Nunca he podido entender cómo lo hacen. Por la tarde íbamos con mi mamá a misa de seis. Yo me aburría mucho de tener que oír el sermón del padre, pero en el fondo también me divertía porque el hijo de doña Gracia me picaba el ojo justo cuando estaba en la fila de la comunión y a mí me parecía chistoso. También me acuerdo mucho de doña Rosario, la señora de la tienda que era tan cariñosa conmigo y me regalaba galletas cada vez que yo iba por mandados para las comidas de mi mamá. Ah! de eso también me acuerdo, del olor y el sabor de la comida de mi mamá.

Juní es el pueblo donde nací y viví hasta que mi mamá se murió, cuando yo tenía 6 años. De mi mamá me queda como recuerdo unos aretes de esmeralda que eran su mayor tesoro porque se los había regalado mi abuelo cuando cumplió quince, y una foto en blanco y negro donde sale ella de frente. Los aretes siempre me los ha guardado mi tío Camilo y eso ha sido hasta mejor para que yo no los envolante. La foto si la he tenido conmigo desde que mi mamá se fue y yo siempre la cuido como lo más preciado. Es que a mí me da miedo que se me pierda porque qué tal que con el tiempo se me empiece a olvidar cómo era mi mamá. Yo todavía me acuerdo que mi mamá era bonita; que era

alta, de pelo largo y de cejas gruesas como las mías. Me acuerdo de la suavidad de su voz y de sus manos calientes. A mí me dio duro la muerte de mi mamá. Ella me ha hecho mucha falta; pero bueno, qué se le va a hacer.

Janeth sacó de su mochila tejida en lana verde y roja una libreta llena de hojas sueltas. Abrió con cuidado una página y extendió la libreta hacia mí para que yo viera. Allí estaba pegada con cinta la foto de su madre. Salía seria y con la mirada lejana, tal cual son las fotos de antaño. En esa foto se veía claramente que los ojos de Janeth eran su marca. Están bañados de la misma expresión y de las mismas cejas espesas. Como las de su tío también, a quién conozco hace varios años. Camilo ya me había contado en su momento lo de la muerte de su hermana. Aunque era obvio que yo sabía, Janeth nunca había hablado del tema conmigo, así que me sorprendieron sus palabras y su gesto confiado al mostrarme esa foto. Devolví la libreta a Janeth y ella la metió rápidamente en la mochila como si se hubiera arrepentido de haberla sacado y de mostrarme la foto de su mamá. Es un tesoro muy íntimo que guarda con recelo, quizás porque no quiere desgastar la imagen o que se le vaya la gracia. Puso la mochila entre sus piernas y continuó hablando.

Como yo nunca tuve papá y se murió mi mamá, mi tío Camilo y su esposa se hicieron cargo de mí. Yo creo que es por lo que mi tío Camilo quería tanto a mi mamá. Ellos fueron dos hermanos muy unidos porque no pasaba un día sin que hablaran. A mi tío Camilo le dio muy duro lo de mi mamá. Claro que él y yo nunca hemos hablado mucho de eso. Es que a mí no me gusta tocar el tema y él como que me busca para hablar, pero yo nunca he querido. Creo que es



Viajé de Juní a Bogotá acompañada de un señor al que me recomendó mi tío Camilo. Yo llegué chiquita y mis tíos me recibieron bien. Me acuerdo que fueron a recogerme al terminal y me invitaron a almorzar ajiaco. Después vinimos a la casa y me tenían un cuarto listo para mí sola. El cuarto no me llamó mucho la atención aunque tenía una ventana que daba a la calle y un decorado en colores claros. Yo creo que me sentía como extraña y ajena. Ya después hubo tiempo para cogerle confianza a los colores claros de mi cuarto, y hasta hubo tiempo para que después me parecieran una total lobería y los cambiara para poner mis afiches de Metálica; pero para eso pasó mucho tiempo. En todo caso mi tío siempre me dejó decorar el cuarto como quisiera. De hecho, él me dio libertad mucho tiempo. También me daba cariño y yo le importaba; pero de eso me di cuenta después.

Cuando llegué a la casa de mis tíos en Bogotá ellos tenían planes para mí y me metieron a estudiar. Yo nunca había estado en un colegio y también me costaba acostumbrarme a la ciudad. Todo era nuevo y extraño para mí, así que por más esfuerzos que hacían mis tíos para que yo me sintiera bien, o sea como en casa, no lograban nada porque yo no me amañaba en ninguna parte; ni en Bogotá, ni en la casa de mi tío, ni en el colegio. Yo creo que me aislé y me encerré mucho, porque de esos primeros años en Bogotá es poco lo que recuerdo.

Mi tío Camilo dice que entiende que yo no me acuerde, porque uno no se acuerda de lo que no le conviene. Y es que él dice que en ese tiempo pasé de ser muy sola, tímida y callada, a volverme una rebelde busca problemas. Dice que yo a los 11 años era una joyita conocida por todo el mundo. Yo si me acuerdo que a mí me aburría mucho el colegio, que me sentía mal y triste por muchas cosas y que de pronto me conseguí unos amigos que sentí que me apoyaron. No sé, tal vez fue eso.



Janeth inspeccionó todo el lugar con sus ojos, como si buscara entre los rincones de esa cafetería algún rastro de su pasado. Su búsqueda era infructuosa. Janeth buscaba algo que ella misma enterró hace tiempo para no dejarse tocar por la desdicha de la vida. La rebeldía fue su arma y su escudo; la única manera de vivir la pérdida de su madre y el cambio total y rotundo de su vida. Cavó hondo para meter allí todo lo que no entendía y dolía, y se volvió fuerte y dura tras un instinto por sobrellevar todos los tragos amargos.

Mis amigos del colegio eran cuatro: Fernando, Manuel, Álvaro y Enrique. Todos rebeldes como yo. Nos escapábamos del colegio, le hacíamos maldades a los compañeros, fumábamos en los baños a escondidas y empezamos a oír heavy metal. Creo que todos estábamos aburridos con el mundo y teníamos muchos conflictos, así que nos refugiábamos en nuestra música y nuestra amistad. Después ya teníamos un saludo secreto, una clave para entrar a las reuniones y nos reconocíamos por ir vestidos de negro.

Un buen día nos echaron a todos del colegio porque nos pillaron robándonos los exámenes finales de la fotocopiadora. Eso fue un problema tenaz con mis tíos, pero yo por dentro estaba feliz de no volver a ese antro. Ya estaba cansada y creo que lo que necesitaba era una excusa para salir del estudio. El colegio era una perdedera de tiempo y ya estaba mamada de aguantarme a tanto viejo regañón y tanta gente chismosa y sapa. Es que a mí nunca me gustó el colegio. Pero además de eso, a mí en esa época me importaba todo un pepino. Mi vida me importaba un pepino.

Mis tíos ya quedaron mareados con lo de mi suspensión y para rematar, yo me la pasé de fiesta en fiesta con mis amigos, celebrando la libertad del grupo. Me la pasaba enrumbada con el heavy metal, llegando tarde a la casa de mis tíos y disimulando la borrachera que llevaba todos los días.



En ese tiempo conocí mucha gente de toda clase y me empecé a meter en cosas feas. Cuando empecé a ir a una secta satánica las cosas con mis tíos se pusieron muy duras porque decían que yo me había vuelto insoportable. Tuve muchas peleas con ellos y llegué a ser muy grosera y desagradecida.

Un buen día me cogieron en el cuarto toda borracha fumando marihuana con un amigo y ahí si me pusieron el tatequieto. Me echaron de la casa y duré un año fuera. Al principio estuve rodando de casa en casa de los amigos. Después dejé de ser bien recibida porque a ellos también los echaron de las casas como a mí. Ahí sí la vimos dura porque nos dimos cuenta hasta dónde nos había llevado la amistad y el amor por el heavy metal. La secta nos ofreció la casa donde nos reuníamos para que viviéramos allí mientras tanto. Y eso fue lo peor que pudo pasar en la vida. En esa casa vi cosas tan horribles, que no pude resistir y terminé escapándome de ahí. Ellos me buscaron y menos mal no me encontraron. Viví un tiempo en la calle y me dediqué a meter vicio y a callejear. Me hicieron algo muy malo y eso no lo pude aguantar. Decidí volver a la casa de mis tíos con el rabo entre las piernas.

Mi tía toda sentimental como siempre, lloró cuando me vio regresar. Mi tío Camilo fue más fuerte conmigo, y me dijo que me recibía con la única condición de que cambiara mi vida y mi actitud. Que perdía todos los derechos de antes porque nunca me los había ganado por mis méritos y que ahora tenía que conseguirme lo mío. Que cortara con esas compañías que solo me enseñaban malas mañas y que si no quería estudiar pues tenía entonces que trabajar porque había que hacer algo productivo. Que la vida no era para pasársela en fiestas emborrachándose, oyendo porquerías desde tan chiquita, y lamentándome de mi vida, sino que la vida era para hacer un futuro mejor. ¡Era en el futuro y no

en el pasado en lo que había que pensar!. Eso, mejor dicho me sacó hasta a mi mamá, y ahí si no me aguanté y se me escurrió una lágrima.

En ese momento me di cuenta de todas las burradas que había hecho y de todo lo que había perdido con mis tíos. Había raspado fiesta hasta lo último y me había metido en tantas cosas feas botando la vida por la borda como si no valiera nada. Todo lo que pasó en ese año fuera de la casa de mis tíos me cambió la vida. ¡Es que pase por unas!. Ese fue mi hueco y por eso yo llegué después más consciente y sabiendo que no podía andarle con juegos ni a mi tío, ni a mi propia vida.

La cafetería empezaba a llenarse y el ruido aumentaba en el lugar. Habían ocupado tres mesas más, aparte de la nuestra. Cuando nosotras llegamos ya estaba allí una familia en la mesa del fondo. Nosotros no estábamos muy lejos de ellos, así que pude verlos de cerca e imaginar que eran papá, mamá e hijo. Llevaban allí más tiempo que nosotras y no habían cruzado ni una palabra. Todo el tiempo comían sin decirse nada. La situación se hizo evidente con las voces de las otras mesas y en ese momento pensé que era hasta posible que no hubieran hablado para poder escuchar lo que nosotras conversábamos. En todo caso el suceso no me perturbó mucho tiempo, porque me inquietaba más descifrar todas esas circunstancias por las que había pasado Janeth para que se produjera en ella un cambio tan rotundo. La sacudida que le dio la vida no debió ser cualquier cosa. En todo caso le había llegado su tiempo y eso era lo que realmente importaba ahora.

Yo creo que soy una persona de extremos, porque después de todo lo que me pasó me volví lo opuesto. Si me vieran hoy en día los amigos de ese entonces, seguro que no me reconocerían.



Siempre es que a uno lo cambian las experiencias. Es de no creer, pero empecé a trabajar y eso me encarriló la vida. Ya llevo 3 años trabajando porque empecé a los 13, y yo si puedo decir hoy en día que he cambiado para bien con el trabajo, porque aprendí a valorar muchas cosas que antes no veía. Aprendí a valorar la casa y el apoyo de mis tíos, a valorar la platica que me gano para comprar mis cosas y a valorar lo que me enseña el trabajo. Mejor dicho, a valorar la vida. Ahora rezo por las noches y le hablo a mi mamá pidiéndole perdón por haberme metido en todo eso. Hablarle a mi mamá fue nuevo para mí. Me había negado a eso desde que se murió pero creo que me ha servido mucho.

Yo no sé si fue por las condiciones en que se dio, pero para mí el trabajo fue lo que me sacó a flote. Es por eso que yo no lo llamo tanto trabajo sino ayuda mutua. Yo les ayudo a mis patrones en lo que necesitan y ellos me ayudan a mí a mantenerme concentrada por el buen camino y a ganarme unos pesitos.

Empecé donde unos conocidos de mis tíos ayudando a cuidar a un niño pequeño y haciendo oficio. Mis tíos siempre están pendientes de que yo vaya a un buen sitio donde me traten bien y no esté expuesta a peligros. Luego me fui a la fábrica de arepas que ellos tienen. Allá en la fábrica duré un año ayudándole a mi tía. Después me salí de allá y volví a trabajar haciendo oficio y cuidando niños en casas de familia. Es que a mí me gustaba más en casas que en la fábrica de mis tíos.

He tenido buenos patrones y en los trabajos me he superado y he aprendido bastante. Ya sé cómo se cocina, cómo se arregla una casa, cómo funciona una fábrica de arepas y ahora tengo responsabilidad para cuidar a la hija de mis tíos que está recién nacida. En general, me he vuelto más responsable. Por ejemplo en el trabajo que tengo hace un año y

medio donde doña Silvia, una pariente lejana de mi tía. Ella está todo el día por fuera y yo me encargo de todo. Yo sé qué hay que hacer y además tengo iniciativa, que eso es muy importante. Que se le ocurra a uno que si algo está sucio o con polvo hay que limpiarlo, que hay que descongelar la nevera cada cierto tiempo, que hay que echar a desperdudir la ropa blanca, que hay que regar las matas y que hay que tener imaginación y hacerles cosas ricas de comer. Digamos en mi caso, yo me distraigo mucho haciendo postres, entonces yo les dejo echa por ahí cualquier cosita y ellos se ponen felices. Doña Silvia está muy contenta conmigo por eso. Ella dice que yo soy una maravilla porque se me ocurren las cosas. Doña Silvia es muy querida. Ella me ha dicho muchas veces que no me sienta como una empleada sino como alguien de la familia. Yo creo que también me quiere mucho porque como solo tiene hijos hombres y ya están grandotes, le hizo falta la niña. De sus dos hijos me llevo muy bien con Andrés, el mayor. Él me enseñó que el heavy metal no siempre era satánico y así pude recuperar ese gusto musical. Andrés y yo somos muy amigos porque tenemos cosas parecidas. La navidad pasada me dio una pulsera de regalo y en nombre de toda la familia me invitó a la comida de por la noche. Todos son especiales conmigo.

Yo voy a donde doña Silvia entre semana y los sábados. Llego por la mañana, lavo la loza, tiendo las camas, barro, trapeo, hago aseo en los baños, brillo, y cocino para ella y sus dos hijos. Los miércoles y viernes plancho en la tarde. Cuando tengo tiempo libre me pongo a ver televisión o a escuchar música con Andrés. Ah! eso si, los domingos descanso y estoy en la casa con mis tíos.

Aunque no cuestiono la vida de Janeth porque me parece admirable su vida y su entereza para levantarse del golpe, me pareció algo contradictorio



que el tipo de trabajo que ha hecho, hubiera sido aquello que la sacó a flote. Era extraño para mí pensar en una niña desde los 13 años trabajando en una casa ajena como algo constructivo en una situación adversa. Janeth apreciaba tanto su trabajo, que no se daba cuenta que su futuro se tornaba estrecho y que en últimas, para ella no podía ser suficiente con saber de las responsabilidades de una casa. Ella era capaz de muchas cosas y ya lo había demostrado en su propia vida y en su propio trabajo. Era una lástima que no se diera cuenta de ello para seguir avanzando.

Desde que trabajo, mi relación con mis tíos cambió para mejor. Ellos ven que yo me volví responsable, agradecida y que hago algo productivo con mi vida. Yo sé que ellos hubieran querido que yo siguiera estudiando en el colegio, pero bueno, yo me decidí por el trabajo y como me vieron bien y contenta me lo respetaron.

Es que a mí no me aburre el oficio. Todo lo contrario, me gusta aprender de cómo se maneja una casa. Es que yo conozco muchachas, por lo menos con la que venía ahora. Ella siempre ha sido como muy consentida, entonces ella no hace oficios en la casa porque no le gusta. Yo me doy cuenta que tiene una mentalidad de vivir que de alguna u otra forma, es atendida a los demás, a la familia, o estar siempre pendiente a lo que los demás hagan y digan. Mientras que por lo menos, yo soy también muy consentida de mis tíos, pero después de todo lo que he vivido, ahora tengo una mentalidad diferente con la que lucho por mi vida. O sea que yo ya no me quedo estancada en una sola cosa, o que si a la gente no le importo, pues no vale mi vida y no hago nada. O sea, yo pienso que uno tiene que salir adelante sólo, sin importar el pasado. El trabajo hace que uno se forme con esa mentalidad. A mí

me dicen, con 16 años y ya trabajando, pero a mí me parece normal. Yo me siento bien y soy orgullosa de ser así como soy.

Con mi trabajo he ganado platica para comprar regalos a mis tíos, cositas para la casa y discos de heavy metal para mí. Yo me compro lo de mi aseo personal, ropa, música y con la platica de regalo que me dio doña Silvia el año pasado me compré dos metros y medio de terciopelo negro y me hice un vestido todo bonito y elegante. Ahí lo tengo listo para ponérmelo en el bautizo de la hija de mis tíos. Es que desde hace un año me gusta mucho la ropa y la modistería. Me empezó a gustar porque doña Silvia sabe de eso y tiene una colección grandota de revistas de moda. Yo por curiosidad empecé a mirar las revistas y terminé aficionada a todo eso de la confección. Por eso con la plata que me gano en el trabajo, me inscribí el año pasado a un curso de modistería y eso le dio otro rumbo a mi vida. Volví al estudio a mi manera. ¡Quién lo iba a creer! Estudio los miércoles y los viernes de 6 a 10 de la noche en una institución del gobierno. Vale \$34.000¹ el semestre. Es barato y bueno. Ya sé hacerme pantalones y faldas y ahora estoy en las blusas y los vestidos. La tela que más me gusta es el terciopelo porque es muy suave. Claro que es bien caro y difícil de trabajar, pero en todo caso me gusta.

Imaginaba a Janeth luchando con el terciopelo negro, y me alegré por ella. Resultó más sagaz de lo que pensaba y como ella bien dijo, tuvo la valentía de no quedarse estancada y de encontrar en su camino fuerza para quererse y proyectarse a futuro. La costura encantó sus

¹ Para el momento de publicación de este libro, la cifra equivale a 11 dólares aproximadamente.



días y con ello vino la formación como algo primordial para superarse y mejorar su forma de vivir. Janeth y yo ya pagábamos la cuenta y la familia de al lado solo con gestos, se fue sin hablar.

El curso de modistería me ha abierto nuevas expectativas y entonces como que se me abren nuevas cosas e intereses. Yo quiero terminar mi curso y en un futuro ser una gran modista bien buena. Mis tíos ahora sí que están felices de que yo tenga unos sueños más grandes y me proyecte al futuro haciendo otro trabajo. Igual yo le estoy agradecida a mi trabajo de ahora, y bueno, ya que estoy próxima a cumplir la mayoría de edad espero conseguir unas mejores condiciones, para así poder seguir estudiando modistería y ahorrar. Hay un señor dueño de la tienda de música a la que voy a comprar discos que me ofreció trabajo para cuando tenga 18 años. Dice que aprecia todo lo que sé de Heavy metal, que le sería de gran ayuda en su tienda y que me pagaría sueldo con todas las prestaciones sociales. Ojalá me saliera eso; me pondría feliz.

Es que yo hasta el momento no he tenido garantías en el trabajo y eso a mí me parece importante para tener en cuenta en el futuro. Por ejemplo donde doña Silvia me gano un sueldo con el que solo me dan el transporte, entonces si sigo así yo nunca voy a poder sacar un préstamo o algo así para comprar un apartamento. Ya hablé con ella y me dijo que para cuando tenga los 18 años, si no me sale el trabajo en la tienda de música, me va a afiliarse a la salud y a un fondo de pensiones. A mí eso me pone contenta, porque yo sé que así puedo ahorrar, tener más seguridad y pensar en el futuro con un negocio propio de modistería.

Observo a Janeth con alegría, al poder descubrir que después de perder a su mamá y de vivir en carne propia el desarraigo y la maldad, halló un soporte firme para reconstruir su vida después del caos.

No sé muy bien cómo logró sanarse de sus dolores y sus pérdidas, pero creo que el afecto y cariño de sus tíos, de doña Silvia y sus hijos le ayudaron a reencontrarse y a validar su opción de trabajo de manera constructiva. Todo eso le enseñó a quererse y la ubicó al principio de un nuevo camino. Un camino que proyecta un futuro distinto y que convertirá en vieja historia su pasado satánico y su trabajo doméstico.



GLOSARIO DE MODISMOS Y EXPRESIONES

- Achicopalarsse: entristecerse
- Agarrarse: pelear, discutir
- Ajiaco: comida típica del altiplano cundiboyacense
- Alharaca: regaño
- Alcahuetiar: permitir
- Algodón de azúcar: dulce colombiano
- Apaliado/a: golpeado por las circunstancias de la vida
- Apretarse el cinturón: disminuir gastos
- Arequipe: dulce colombiano de azúcar y leche
- Bandeja paisa: comida típica de Antioquia y Caldas
- Berraco/a: *en contexto*: una persona fuerte, templada
- Bocado: dulce colombiano a base de guayaba
- Briego: de *bregar*
- Butaco: de *butaca*
- Caer gordo/a: que no simpatiza
- Callejear: de *callejear*
- Cansón/a: que produce cansancio
- Chévere: ameno, atractivo, interesante
- Chifonier: armario o mueble para guardar cosas
- Chitos: golosina colombiana
- Cundiboyacense: oriundo de los departamentos de Cundinamarca o Boyacá
- Descomplicado: que no se complica
- • Descomplicado: que no se complica
- Descordinada: que no coordina
- Duro: bueno en lo que hace
- Echar una mano: ayuda
- El rabo entre las piernas: humillado
- Emberracarse: enfurecerse
- Empanadas: comida típica de todo Colombia
- Entre ojos: seguir el rastro con atención
- Estar mamado/a: estar harto
- Gamines: habitantes de la calle
- Joyita: necio/a
- Lanzarse al ruedo: arriesgarse, asumir una decisión
- Macha: fuerte
- Machera: maravilla
- Mala espina: intuir algo como malo
- Maracuyá: fruta colombiana
- Montar: molestar con insistencia
- Pa': abreviatura de *para*
- Pachanga: fiesta
- Paisa: oriundo de los departamentos de Caldas o Antioquia
- Pata' e gallina: arrugas en la parte lateral del ojo, propias de la vejez
- Pataletas de ahogado: intentos en vano
- Peliaguda: difícil
- Peliarnos: de *peleamos*

- Perdedera: de *perder*
- Pereque: molestia
- Pilas: estar alerta
- Recochar: jugar, molestar
- Sapo/a: bocón
- Tatequieto: poner límites
- Vista gorda: hacerse el ciego